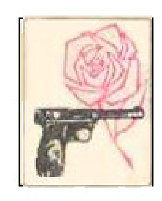


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Nuestro agente de Pekín

Es, lisa y llanamente, un agente de la CIA, pero no un agente corriente, en modo alguno. Para empezar, en la Central de la CIA no tienen una ficha concreta y mucho menos completa de él, pues sus acciones son explicadas una tras otra por medio de notas que envía muchas veces escritas en idioma ruso. Personaje por demás interesante, se hace llamar Nap, y su terreno habitual de operaciones es, evidentemente, Pekín. Sin embargo, en esta ocasión se ha trasladado a Benarés, India, donde por supuesto se está tramando algo de gran importancia, pues de otro modo Nap no intervendría. Pero interviene, y su nota a la CIA, que proviene de Pekín, exige que envíen a determinado hotel de Benarés a un agente de la CIA de primerísima categoría y que sea desconocido en Asia, pues el asunto no sólo es importantísimo, como cabía esperar de él, sino que es de la máxima urgencia.



Lou Carrigan

Nuestro agente de Pekín

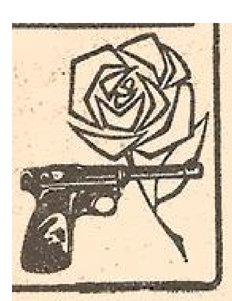
Brigitte en acción - 54

ePub r1.0
Titivillus 30.06.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—Yo creo, tío Charlie, que usted se está pasando de la raya.

—¿De qué raya? —Gruñó Charles Pitzer.

—Pues de la raya… De esa raya que delimita lo lógico de lo ilógico, lo normal de la anormal, lo corriente de lo infrecuente… Si nos guiamos por sus palabras, tendremos que pensar que no existe en toda la CIA otra agente más que Brigitte Montfort.

—O sea, Baby —sonrió inesperadamente Pitzer.

—Exacto. Usted me conoce, y sabe…

—La conozco muy bien. Por eso he venido a verla. Y no soy la única persona de la CIA que la conoce muy bien. En realidad, he venido a verla siguiendo instrucciones de míster Cavanagh.

—¿Qué tiene míster Cavanagh contra mí? Creí que éramos amigos…

—¿Míster Cavanagh y usted?

—Claro.

—Ah… Bien… Sí, en efecto, míster Cavanagh es un gran amigo de la agente Baby. Eso, en ocasiones, produce ciertas… ciertos inconvenientes. Por ejemplo, en cuanto míster Cavanagh, allá en el cuartel general de la CIA, se ve en un aprieto, se limita a llamar al subjefe Pitzer, en Nueva York. Y le da órdenes. Órdenes que el pobre Pitzer tiene que trasladar, generalmente con la máxima urgencia, a la espía más efectiva de todo el sistema de inteligencia norteamericano.

—Está usted halagándome. Y no es su costumbre, tío Charlie.

—Siempre he reconocido sus méritos —protestó Pitzer—. Usted no puede criticarme lo contrario, Brigitte. En todo momento he mantenido que la agente Baby, desde sus comienzos, es la más capacitada para cualquier misión. Mis halagos, no por infrecuentes, son menos sinceros.

—Está bien, está bien… Míster Cavanagh le ha llamado por la

radio privada del Servicio, le ha dado instrucciones u órdenes, y usted está obligado a pasármelas a mí… ¿Qué debo hacer?

—Tomar un avión.

—Como siempre —suspiró la hermosísima espía internacional—. Me paso la vida de avión en avión, dando vueltas al mundo y conociendo sólo lo peor de este hermoso mundo lleno de sol: espías, asesinos, traidores, saboteadores, criminales de guerra de hace veinte años, locos que sueñan con dominar el mundo por medio del espionaje y la política… Y, mientras tanto, pasa el tiempo, pasan los años…

—No para usted —se esforzó en sonreír Pitzer.

—También para mí. ¿Sabe una cosa, tío Charlie? Tengo ganas de viajar por auténtico placer, por turismo, por distracción… Llegar a un lugar cualquiera del mundo y conocer sus gentes, sus playas, su modo de vida, sus sonrisas, sus bromas, sus amores… Todo ello, desde un punto de vista estrictamente humano, corriente, normal, sin mentiras… Sin pistolas, sin venenos, sin bombas, sin navajas… Sin gente que, en un momento dado resultan ser espías, o contraespías, o asesinos de uno u otro bando de cualquier sistema de espionaje… Me gustaría encontrar un muchacho alto, delgado, de ojos azules ingenuos, que sonriese porque sí, porque estuviese convencido de que la vida es bella… Que sonriese porque hacía sol, porque el mar es azul, porque no había ninguna nube en el cielo…, y que le gustase nadar, pescar, reír… Quisiera, alguna vez en mi vida, conocer a uno de esos muchachos sonrientes que no saben lo que quiere decir espionaje… ¿Cree que estoy loca?

Estaban los dos en el salón azul del apartamento de Brigitte, en la Quinta Avenida neoyorquina. Se veía el deslucido sol del mediodía a través del gran ventanal. Afuera, en la enorme terraza, las aguas de la pequeña piscina particular del apartamento estaban casi heladas, el trampolín parecía petrificarse bajo el frío invernal, casi desaparecía bajo la niebla… En ocasiones, Brigitte Montfort había pensado seriamente en trasladar su residencia. A fin de cuentas, una persona que se gana la vida escribiendo o espiando, no tiene por qué tener una residencia fija; y si la tiene, no ha de ser forzosamente la trepidante, asfixiante Nueva York, con sus enormes avenidas siempre llenas de coches, las aglomeraciones, los claxons, el ruido infernal en todo momento…

Charles Pitzer estuvo unos segundos contemplando las preciosas rodillas de la mejor espía del mundo. Luego, aquella fina mano que sostenía el cigarrillo humeante; por fin, la boca, dulce y sonrosada, de labios alargados, maravillosos, con aquel huequecito en el centro… Un huequecito casi infantil, caprichoso, que parecía pedir besos…

—No —dijo al fin Pitzer—. No creo que esté loca, Brigitte…

—Pero acabaré volviéndome loca… Usted sabe que no tengo miedo a nada, que me gusta trabajar, que busco siempre esa… extraña justicia que beneficie a todos… Pero llega un momento en que los nervios de cualquier espía se resienten. Es una cosa sutil, un poco difícil de explicar a quienes jamás han estado convencidos de que el más pequeño fallo en su trabajo puede costarles la vida… Amo mi vida, lo amo todo… Haría cualquier cosa por que todo fuese bien para todos… Pero en ocasiones ansío una gran tranquilidad, un gran silencio, una gran paz… ¿Es mucho pedir?

—No.

—Usted dice que no. Pero la CIA no entiende esto… La CIA dispone de una buena agente, y parece que está esperando el menor pretexto para movilizarla… Baby debe ir a Trópico, a San Nataniel, a Moscú, a Cayo Granada, a Marruecos, a Egipto, a Miami, a Canadá, a Hong Kong, a Buenos Aires, a Niza, a Roma, a… Por el amor de Dios, tío Charlie: ¿no hay en la CIA alguna muchacha avispada que pueda hacer de cuando en cuando algún trabajo que me permita descansar?

—Las hay. Tenemos más de ciento cincuenta en todo el mundo.

—¿Y…?

—Brigitte, cuando recurrimos a usted no es para pedirle trabajos que pudiese hacer cualquier otro agente femenino… Cuando llamamos a Baby, es porque solamente Baby puede hacer el trabajo. Los buenos vinos sólo se consumen en las grandes ocasiones.

—Pues yo diría que las grandes ocasiones se suceden con demasiada frecuencia en la CIA.

—El mundo está muy revuelto —musitó Pitzer—. Especialmente, en Asia.

—Oh, Asia… ¡No me diga que tengo que ir otra vez a Vietnam…!

—No precisamente.

—¿Pero sí a Asia?

—Sí.

—Bien… ¿Cuál es mi exótico destino? ¿Tokio, Hong Kong otra vez, Macao quizá, Singapur…?

—Benarés. En la India. ¿Ha oído hablar de esa ciudad?

—Usted parece considerarme una hermosa chica no poco estúpida y carente de cultura. ¿Realmente cree que no he oído jamás nada sobre Benarés?

—Ha sido… una desafortunada frase mía. Lo siento.

—Benarés… —musitó Brigitte—. La ciudad santa de la India… Es uno de los lugares más exóticos de Asia, Y un lugar bastante peligroso para los extranjeros… ¿No es cierto, tío Charlie?

—Sí.

—¿Tengo que ir allá?

—Por mi gusto, la dejaría descansar. Pero ocurre que Benarés es una ciudad… exótica, como usted ha dicho. Tiene unas costumbres que nosotros consideramos raras… Yo creo que para ir allá hay que tener mucha cultura, caminar con pies de plomo… En general, se dice que toda la ciudad está llena de fanáticos. Suelen ser inofensivos, pero alguna que otra vez los extranjeros pagan muy caro su desconocimiento de las costumbres locales. Y… Bueno, Brigitte, no es fácil conseguir una agente que hable varios idiomas, que tenga veteranía, que sepa respetar las costumbres del prójimo, que se adapte a ellas… Tengo noticias de que míster Cavanagh ha intentado por todos los medios concederle a usted una temporada de descanso. Pero, después de calificar una docena de agentes femeninos por medio de las computadoras electrónicas, el resultado ha sido poco menos que catastrófico. Finalmente, las computadoras aceptaron sin vacilar el nombre y el expediente de espionaje que fue introducido en ellas…

—Déjeme adivinar… —sonrió Brigitte—. ¿Las computadoras dieron como válida para la misión a la agente Baby?

—Sin lugar a la menor duda. Es posible que las computadoras hayan sufrido algún pequeño error de apreciación, dado que todo ha sido llevado a cabo con la máxima rapidez. Tres horas, Brigitte. Y hace apenas una que he recibido todos los datos, informes y órdenes que deben movilizarla a usted. El caso es de la máxima urgencia.

Brigitte estuvo unos segundos contemplando el humo de su cigarrillo. Por fin, encogió los hombros y suspiró.

—Está bien, iré a Benarés. ¿Qué debo hacer allí?

—No lo sabemos.

—¿Cómo? —exclamó la hermosa espía.

—No lo sabemos… Es absurdo, ¿verdad?

—¿Absurdo? ¡Es lo más disparatado que he oído jamás…! ¡No se puede enviar a semejante lugar a una espía de mi categoría sin saber lo que tiene que hacer!

—Éste es el caso —encogió los hombros Pitzer—. Lo lamento.

—Pero… pero… pero…

—Es inútil que me haga preguntas, Brigitte. Yo no sé nada. Excepto sus datos de salida de Estados Unidos y el procedimiento que suponemos será de contacto en Benarés.

—¿Contacto con quién?

—Con nuestro agente de Pekín.

La dulce boquita de la mejor espía del mundo quedó abierta, mostrando un lógico pasmo, un desconcierto total.

—¿Me envían a Benarés para entrevistarme con nuestro agente de Pekín?

—Sí.

—Pero esto es absurdo… Si nuestro agente es de Pekín…, ¿cómo vamos e entrevistarnos en Benarés, en plena India?

—No lo sé. Ésas son las instrucciones.

—¡Eso no son instrucciones, ni son nada…! ¿Pretende que me presente en Benarés, por las buenas, y que espere allí el contacto con nuestro agente de Pekín?

—Eso dice él.

—¿Quién es él?

—Nap.

—¿Nap?

—Son las iniciales de nuestro agente de Pekín. N, de nuestro; A, de agente; P, de Pekín. Es simple.

—Muy simple, muy fácil… ¿Quién es él, cómo es, qué es lo que tiene que tratar conmigo en Benarés, es hombre o mujer, viejo o joven, europeo o asiático…?

—Es un hombre. Eso es todo.

—¿Va a entregarme algo, o debo ser yo quien le entregue algo a

él, o bien se trata sólo de un cambio de instrucciones, o detalles…?

—No lo sabemos. El mensaje recibido por radio es de una sencillez desoladora. Nap es, en efecto, nuestro agente de Pekín. Hasta la fecha, ha resultado de una eficiencia asombrosa. Parece saberlo todo, se mueve con absoluta libertad por toda China, trabaja sin descanso… Por medio de él, la CIA ha sabido siempre, con cuatro o cinco días de antelación, las explosiones de las pruebas nucleares chinas. Eso, entre otras cosas de menor importancia. Nap es uno de los mejores agentes mundiales al servicio de la CIA.

—Pero ¿la CIA no sabe quién es él, y cómo es?

—No.

—¡Es absurdo, repito!

—Lo es. Pero así están las cosas. Ahora, todo lo que sabemos de Nap es que la está esperando a usted en Benarés… A usted, o al agente que enviemos para tomar contacto. Sé lo que va a decir: que podíamos enviar a un agente masculino… ¿No es cierto, Brigitte?

—Sí… Claro.

—Pues no. Se precisa del agente máximo secreto. Lo que en nuestro argot llamamos el «top secret agent». Se ha llegado a la conclusión de que es más conveniente una mujer que un hombre.

—Bien, pero… Bueno, estoy desconcertada, tío Charlie…

—Lo comprendo. Yo también.

—¿Qué debo hacer en Benarés? Es una ciudad grande, con mucha población fija y aún más abundante en cuanto a visitantes: santones, mendigos que acuden a bañarse en el río Ganges, extranjeros de todas las razas y nacionalidades, turistas, faquires… ¿Cuál de ellos es Nap?

—Él la buscará a usted. Su mensaje por radio así parece indicarlo con toda claridad.

—¿Cuál es ese mensaje?

—Lo hemos transcrito para usted, en letras mayúsculas, para que lo vea bien, lo estudie, le busque quizás un significado oculto… Debo advertirle que nuestros expertos en claves no han encontrado otro significado que el corriente, el especificado en sus palabras…

—¿Fue enviado en inglés, en chino, en hindú…?

—En ruso.

—¡En ruso! —Casi chilló Brigitte—. ¿Acaso es ruso ese agente llamado Nap?

—No lo sabemos.

—Pero si ha enviado el mensaje por radio en ruso…

Charles Pitzer sonrió, quizá para intentar ocultar su evidente desconcierto.

—También se han recibido mensajes de él en inglés…

—Ah…

—Y en chino.

—Pero…

—Y en francés, y en japonés, y en portugués, y en alemán, y en coreano, español, italiano, holandés… Su único distintivo ha sido siempre precisamente el nombre que tiene asignado en Asia: Nap. Siempre firma así todo mensaje o información. Nap. Y eso es todo.

—¿Ha sido leal hasta ahora?

—Leal, eficiente, seguro, metódico, audaz, osado… Lo mejor de lo mejor, Brigitte. No creo que la CIA pueda encontrar, en lo sucesivo, otro agente como Nap en toda Asia.

—¿Temen que podamos perderlo?

—Parece estar en apuros. Al menos, eso opinan los técnicos de Situaciones de la CIA, en Washington. Generalmente, Nap ha enviado sus informes desde Pekín, y desde Pekín han salido sus microfilmes, sus cintas grabadas en magnetófono, sus paquetes conteniendo pruebas bélicas por medio de objetos diversos: granadas estalladas con tierra de la Mongolia, casquillos de ametralladora… Le aseguro que es el espía más completo y concienzudo de que jamás hemos tenido noticias en toda Asia.

—Sin embargo, ha pedido contacto. O sea, según interpreto yo estas cosas, ha pedido ayuda. Charles Pitzer vaciló.

—Bueno… Nap jamás ha pedido ayuda ni contactos. Siempre ha sido él quien ha prestado su ayuda a agentes en apuros, siempre ha sido él quien ha buscado los contactos por su cuenta y riesgo…

—¿Eso quiere decir que conoce a varios de nuestros agentes en Asia?

—Evidentemente, querida.

—¿Por qué no ha recurrido a cualquiera de ellos? Tiene derecho a hacerlo, siquiera sea por una vez, ya que parece encontrarse en dificultades.

—El hecho cierto es que no lo ha hecho. En la CIA han pensado que Nap ha considerado peligrosos tales contactos. Asimismo, y

teniendo en cuenta que pide el envío de un agente a Benarés, está claro que ha tenido que salir a toda prisa de Pekín. Se supone que Nap está convencido de que cualquier paso suyo podría redundar en perjuicio de los agentes destinados, residentes en Asia. Por eso, a fin de no comprometer a ninguno y evitarse él un riesgo personal, se ha desplazado a Benarés, y allá está esperando un agente desconocido en Asia… ¿No quiere leer su mensaje enviado por la radio clandestina de que dispone?

Le tendió un papel a Brigitte. Un papel en el cual, escrito en ruso estaba el siguiente mensaje:

> «ESTARÉ ESPERANDO EN BENARÉS CONTACTO CON AGENTE DESCONOCIDO EN ASIA. MÁXIMA URGENCIA. NO ACEPTARÉ CONTACTOS CON AGENTES YA RESIDENTES. EL ENVIADO DEBERÁ ALOJARSE EN EL BENGALA HOTEL DE BENARÉS, Y, AUNQUE NO SE LA CONCEDAN, SOLICITAR LA *SUITE* 17; DIECISIETE. REPITO: MÁXIMA URGENCIA. Firmado en Pekín por NAP»

—¿Qué opina del mensaje? —preguntó Pitzer cuando Brigitte alzó la cabeza.

—Opino que escribe o transmite muy bien en ruso. Demasiado bien, quizás.

—No sea suspicaz. Usted es capaz de enviar un mensaje semejante con la misma fidelidad al idioma ruso. Y no es rusa. Esto quiere decir que Nap no tiene por qué ser ruso. Mmm… Si fuese ruso…

—Si fuese ruso —sonrió Brigitte—, la broma podría tener consecuencias muy desagradables para nosotros. Para mí, concretamente.

—Usted mantiene una… especie de amistad con el espionaje ruso. No creo que deba preocuparse demasiado.

—Mantengo amistad… o una especie de amistad con diversos espías y sistemas de espionaje mundiales —sonrió de nuevo Baby—. Sin embargo, tío Charlie, usted sabe muy bien que a veces he escapado con vida de algunas situaciones por verdadero milagro. Y quienes querían matarme eran esos… «amigos» de otros sistemas de espionaje.

—Es la dura vida del espía, como usted siempre dice. Pero si

está pensando en que Nap quiere a un agente de la CIA en Benarés para jugarle una mala, muy mala pasada, olvídelo. Ha tenido ocasiones mejores de capturar a uno de los nuestros, en diversos puntos de Asia. Y no lo ha hecho.

—Quizá no consideró a tales agentes lo bastante importantes.

—Sí —susurró Pitzer—. Hemos pensado en ello, también. Siempre cabe la posibilidad de que Nap haya considerado llegado el momento de dar su gran golpe. Sin duda, conoce a muchos agentes de la CIA en Asia. Y… podemos pensar que quiere algo más… Algo mucho más importante. Por ejemplo, nuestro mejor agente internacional… Ese agente que la CIA tiene siempre en reserva, dispuesto a partir a cualquier lugar del mundo en un momento determinado. Un agente que, posiblemente, conoce mucho del espionaje norteamericano: sistemas de enlace en todo el mundo, nombres, domicilios, empleos visibles de muchos agentes… Parece como si Nap quisiera, en realidad, entrevistarse… o tener en Benarés a ese agente extra-especial, que sería, en realidad, una especie de… fichero viviente.

—Yo soy ese fichero viviente —musitó Brigitte—. Conozco de la CIA más que cualquiera de nuestros jefes de Washington, posiblemente. Sé cosas de todo el mundo, de cientos de agentes, enlaces, amigos, enemigos que están en vigilancia… Seguramente, hay menos de seis agentes en toda la CIA que sepan tanto como yo, tío Charlie.

—Así es, Brigitte.

La hermosísima espía de categoría de lujo de la CIA estuvo pensativa unos segundos. Por fin, sonrió, dulce como una niña.

—¿Sabe, tío Charlie? Todo esto me parece casi un desafío de Nap. Ese hombre es de una audacia increíble. No sé si su comportamiento o sus intenciones son honestas para con la CIA, pero, en el fondo, le aseguro que estoy considerando este mensaje como un desafío…

—¿Y…?

—Bueno… Hay algo que mis enemigos jamás podrán reprocharme: en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, podrán ir diciendo que Baby de la CIA ha rechazado un desafío. Iré a Benarés.

Capítulo II

Nueva York-Madrid-Istanbul-Benarés… Ésa fue la línea de vuelo que la CIA tenía preparada para su mejor agente femenino, sin un momento, de descanso. Los técnicos de viajes habían estudiado el desplazamiento de tal modo que un vuelo fue conectado con otro con pocos minutos de intervalo.

De este modo, en un día, la agente Baby había dado casi media vuelta al mundo, y se encontraba en Benarés. Un coche de línea de la compañía aérea Indian Lines la había llevado desde el aeropuerto a la terminal de la ciudad, donde la espía tomó un coche de alquiler que la llevó al Bengala Hotel. Apenas entrar en éste, Brigitte supo que la mayoría de huéspedes del Bengala eran extranjeros blancos, lo cual le resultó más bien agradable. Aparte, quedaba claramente establecido que Nap conocía de antes el hotel, pues de otro modo no habría podido indicarlo a la CIA por medio de su brevísimo mensaje radiado en morse… Por tanto, había que pensar que no sería la primera vez que Nap ponía los pies en Benarés.

El conserje era hindú, y llevaba un limpísimo turbante blanco, pero estaba vestido correctamente a la europea. Tenía unos ojos negrísimos, un poco estirados por los párpados, que se abatieron ligeramente cuando la hermosa viajera quedó ante él. Su inglés, naturalmente, era perfecto. Este idioma era parte de lo que los británicos habían dejado a la India antes de abandonarla.

—Brigitte Montfort —sonrió la espía—. Desde Nueva York solicitaron una *suite* para mí. La diecisiete. Un amigo que estuvo hace algún tiempo en Benarés me la recomendó, y él mismo se encargó de solicitarla.

El hindú inclinó la cabeza. Sacó una carpeta roja, y de ella extrajo un telegrama.

—Recibimos el aviso, señorita Montfort. Pero, lamentablemente, la *suite* diecisiete está ocupada. Sin embargo, cualquiera de nuestras

suites está acondicionada con el mayor confort… ¿Puedo ofrecerle la doce?

—Desde luego. Yo no participo de las manías de mi amigo, de modo que cualquier *suite* será buena para mí.

El conserje inclinó la cabeza, se volvió, tomó una llave e hizo una seña a otro hindú que había estado esperando en una punta del mostrador. Le entregó la llave, el hombre se hizo cargo de las dos maletas de Brigitte, y ésta, tras entregar su pasaporte a efectos de inscripción, fue tras él.

No había ascensor. Las escaleras eran de mármol blanco, de claro estilo hindú. Tras la espía, y por debajo, fue quedando el amplio vestíbulo con ventiladores en el techo, grandes plantas a los lados, una fuente central, y, en el rincón preferente, la soberbia estampa de un gran tigre de Bengala disecado, con las fauces abiertas… Y, como siempre, algunos de los clientes del hotel, todos los cuales estaban mirando incrédulamente el más sensacional par de piernas que habían visto jamás.

La *suite* doce estaba en el primer piso, en un amplio pasillo con otras escaleras también blancas que parecían descender a todos lados. Había ventanas dobles, de arco curvado, con una fina columna separándolas. Por una de ellas, al pasar, Brigitte vio una de las altas torres rojas, correspondiente, sin duda, a uno de los numerosos templos oratorios de Benarés… Una ciudad que, por fuerza, tenía que resultar interesante. Pero, como siempre, ella se vería mezclada en aventuras que la apartaran del placer del simple turista. Conocería algunas cosas, tendría que pelear, huir, esconderse, escapar finalmente a toda prisa… Y adiós, Benarés. Porque a Brigitte Baby Montfort el placer del turismo auténtico le estaba vedado.

Cualquier día… Cualquier día pediría seis meses de vacaciones a la CIA. Vacaciones totales. Y entonces daría la vuelta al mundo, deteniéndose como verdadera turista en todos los lugares que había recorrido a toda prisa, siempre con la muerte en los talones…

El hindú abrió la puerta, dejó pasar a Brigitte, y luego lo hizo él. Enseguida se veía que la *suite* era amplia; tenía una coloración variada, debido a los cristales de colores de aquellas bonitas ventanas con doble arco. Ventiladores en el techo. En la primera cámara, plantas, sillones europeos… y una reproducción en color

del tigre de Bengala que había en el vestíbulo del hotel. Posiblemente, esa reproducción debía encontrarse en todas las *suites*, como distintivo del hotel. Claro que, si se lo tomaban tan en serio, debían haberlo llamado Tiger of Bengala Hotel… Pero era demasiado largo. Entonces, Tiger Hotel… No. Resultaba poco serio… Definitivamente, quedaba mejor Bengala Hotel.

El botones hindú había dejado las maletas, y estaba esperando, con la llave en la mano tendida. Brigitte recogió la llave, sonrió y le dio cinco dólares, que el muchacho se quedó mirando incrédulamente. Hizo una profunda inclinación de cabeza.

—¿Mensahib desea algo más?

—No, gracias. Puede retirarse.

Otra inclinación de cabeza, y el hindú abandonó la *suite*. Brigitte llevó las maletas al dormitorio y las colocó sobre la cama. Como siempre, por pura rutina, se dedicó durante diez minutos a recorrer la *suite*. Era una tarea que siempre emprendía rutinariamente, pero en aquella ocasión estaba justificada. Había sido llamada a Benarés, y no iba a fiarse de nada ni de nadie.

Pero, al parecer, no había micrófonos ni cualquier otro truco en la *suite*. Se dedicó a deshacer sus maletas, y fue colocando sus vestidos en el armario. Lo malo que tenían los grandes hoteles internacionales, era que todos parecían el mismo, en el fondo: muebles convencionales, el inglés como idioma básico, comidas que se podían encontrar en cualquier restaurante de Nueva York… Sí, cualquier día saldría a dar la vuelta al mundo por su propia cuenta. Entonces se alojaría en lugares pintorescos, comería cosas raras…

Se volvió hacia la puerta del dormitorio, de pronto, vivamente. Pero los golpecitos no habían sonado allí, sino en la puerta de la *suite*, que no era visible desde donde estaba. Abrió rápidamente su maletín rojo con florecillas azules estampadas que había estado viajando dentro de una de las maletas, y sacó la pistolita de cachas de madreperla.

Salió a la primera cámara, miró hacia la puerta… y enseguida vio el papel, en el suelo. Estuvo un par de segundos mirando la puerta, lista la pistola por si a alguien se le ocurría gastar una broma en absoluto simpática a Baby.

Pero nada ocurrió.

Se acercó al papel, lo miró, lo tocó con la punta del zapatito,

moviéndolo, y por fin lo recogió. Su contenido era brevísimo:

«TEMPLO DE KALI, HORA DE LA ORACIÓN.

Nap».

Estaba escrito en inglés, en un papel corriente, algo basto… Brigitte lo leyó por segunda vez, regresó al dormitorio, prendió fuego al papel y con la llama encendió un cigarrillo. Luego, tranquilamente, como si nada hubiese ocurrido, acabó de ordenar sus pertenencias en el armario.

Naturalmente, a la hora de la oración estaría en el templo de la diosa Kali.

* * *

La hora de la oración es la puesta de sol. Pero media hora antes Brigitte Montfort estaba ya paseando por la orilla izquierda del Ganges, contemplando uno de los espectáculos más fascinantes que se ofrecería jamás a sus ojos.

A ambos lados del río había amplias escalinatas de granito, que descendían hacia las aguas. Unas aguas de color marrón oscuro, turbias, sucias, pestilentes: el Ganges es la gran cloaca al aire libre de Benarés, y eso es evidente al primer vistazo. Difícilmente se podría encontrar otra corriente de agua más infecciosa que aquélla en todo el mundo, más sucia, más tenebrosa…, casi espantosa. Pero esto es sólo a los ojos de los hombres blancos. Para los hindúes creyentes, el Ganges es el río sagrado, el gran panacea de la India. De todas partes llegan diariamente miles de peregrinos de diferentes castas y razas: mongoles, tamiles, hindúes puros, shikts… Y, a la puesta de sol, todas las amplias escalinatas se llenan de creyentes que acuden a ofrecer su oración: mendigos, ciegos, ulcerosos, infecciosos, paralíticos llevados por amigos o familiares, santones… Hasta los elefantes son llevados al Ganges. Y allí, en un agua llena de excrementos, basuras de todas clases, mil inmundicias diversas, los creyentes efectúan sus abluciones y sus oraciones. Se sumergen en el agua, rezan, imploran… Los ciegos quieren ver, los ulcerosos quieren sanar, los paralíticos recuperar sus movimientos… Se echan el agua en sus ojos ciegos, o sumergen sus úlceras, sus infecciones…

Algunos, beben con verdadera unción el agua del Ganges: el mismo agua donde hay ulcerosos, leprosos, excrementos, inmundicias de toda clase…

Es la hora de la oración.

Y de todas partes de la India llegan miles y miles de creyentes, a orar, a suplicar, a pedir… Las escalinatas se llenan, las aguas se abarrotan de seres humanos ataviados con simples taparrabos o mantos blancos… El clamor se eleva hacia el cielo por encima de las turbias aguas, de las altas torres de los templos cercanos… En las escalinatas, se espera a que los creyentes que han llegado primero dejen un lugar en la orilla, para sumergirse en el agua del río sagrado, para beberla…

Algo alejada de una de las escalinatas, la agente Baby asistía casi pálida a aquel principio de la hora de la oración. Ella era capaz de soportar cualquier cosa, pero aquélla la deprimía: estaba convencida de que la India precisaba una ayuda muy diferente al simple envío de dinero y comida. Una ayuda de enseñanza. Una ayuda que debería partir de ella misma… Un país cuyas gentes se bañan en un río palpitante de infecciones y que permiten pulular libremente a más de doscientos millones de vacas «sagradas» mientras pasan hambre, merece una ayuda especial…

Tras ella oyó de pronto una intensificación de las oraciones. Se volvió, y vio tres vacas que se acercaban mansamente, rodeadas de hombres y mujeres que pasaban las manos por sus lomos y luego se las llevaban a la frente… Un ulceroso cojo emitía un canto gimiente, saltando sobre su único pie detrás de una vaca a la cual había cogido por el rabo con una mano. Con la otra, tras pasarla por el cuerpo del animal, se acariciaba sus úlceras…

Brigitte se estremeció. De buena gana habría gritado que aquello era un suicidio, una barbaridad… Pero si hubiese hecho semejante cosa, los hindúes la habrían apaleado hasta matarla, seguramente… Estaba tan abstraída, tan horrorizada en estos pensamientos, cuando se dio cuenta de que una de las vacas se había detenido ante ella… Cientos de ojos negros se clavaron en la espía internacional, expectantes, quizá deseando un motivo «justificado» para alejar de allí a la extranjera…, o para matarla.

Pero, efectivamente, la espía Brigitte Montfort era internacional por su cultura, su personalidad, su fácil adaptación a todo lo que

ocurría o pudiese ocurrir en el mundo… De modo que, con gran respeto, se inclinó y retrocedió, dejando el paso libre a la vaca… Los cantos, que se habían interrumpido un instante, continuaron, los creyentes se olvidaron de la extranjera… El rumor de los rezos iba aumentando por segundos. En el cielo, el sol comenzaba a mostrar el tono rojo que precede a la inminente desaparición…

Se alejó de allí a buen paso. Se había informado con anterioridad del lugar donde estaba el templo de Kali, y había estado paseando por las inmediaciones. De pronto, en la plaza, apareció ante ella el templo, con su gran cúpula agudísima, pintada de color rojo vivo… Color de sangre. Una riada de gente se dirigía hacia allí, empujándola, ignorándola, murmurando sin cesar… Un ruido atronador, que lo llenaba todo…

Brigitte se apartó hacia una de las estrechísimas callejas. Y allí, metida en un portal, abrió su bolso de viaje y sacó el gran manto blanco, que se echó sobre la cabeza y dejó caer a lo largo de todo el cuerpo. Bien envuelta en él, como una mujer hindú más en aquella masa de gente que no se fijaba en nada, entró en el templo de la diosa Kali. El ruido era allí infernal. El suelo estaba lleno de gente postrada de hinojos, que alzaban y bajaban los brazos… Brigitte se dejó caer de rodillas a la primera oportunidad, imitando lo que veía a su alrededor… Cerca de ella, tres hombres efectuaban las postraciones con tal energía que sus cabezas chocaban contra el suelo, y las frentes estaban llenas de sangre… El grito de Kali se repetía sin cesar, como el monótono sonido del oleaje en el mar…

Un griterío aún mayor se oyó cuando apareció el hindú encargado de los sacrificios… Una cabra fue llevada ante él y sujetada a un tajo… El hindú alzó su enorme espada, la dejó caer, y la cabeza de la cabra saltó… Y un chorro de sangre salpicó a los más cercanos, que rugieron de placer devoto… Kali los distinguía con la sangre de uno de los sacrificios que se le ofrecían… Fue traída otra cabra, y los que habían sido ya favorecidos con la sangre del la primera cedieron puestos a los que también querían tener ese privilegio… Había unos cuantos hombres vestidos de blanco dando vueltas alrededor de la estatua de Kali, y tocando frenéticamente los timbales, cuyo sonido se mezclaba con el del gong del templo…

Y en el centro de todo este frenesí de adoración, la diosa Kali, una estatua de treinta pies de altura, dorada, pero con la cruel cara

de color negro, con garganta de lobo, dientes agudísimos manchados de sangre… El cuerpo rodeado de serpientes, de cadáveres, de cráneos… La lengua fuera de la boca, en una mueca de desprecio. En una de sus manos, un cuchillo, en la otra la cabeza del gigante que ella destruyó…

Las otras manos, incitando a los fieles a la oración… Otra cabra, la tercera, fue llevada al hindú encargado de los sacrificios… Fue decapitada, la sangre saltó a todos lados, el griterío de gozo aumentó…

—No se mueva. No se vuelva. La están siguiendo.

Las palabras, en inglés, llegaron asombrosamente nítidas hasta ella. Quedó petrificada de asombro, inmóvil… Se sentía aturdida, horrorizada…

—Salga de aquí cuanto antes, despiste a sus seguidores y vaya más tarde a la plaza del templo de Vishnú. Allí, encontrará a un faquir llamado Mohamat Panduj.

—¿Quién es usted? —musitó Brigitte.

—Nap.

Miró de reojo, pero sólo pudo ver un bulto blanco, encogido a su lado, inmóvil, teñido de rojo y cárdeno por las luces de las antorchas. Sólo un bulto, sin cara, sin manos… Un bulto, eso fue todo.

—¿Quién me está siguiendo? —susurró Brigitte.

—Es mejor que no lo sepa. Salga de aquí y asegúrese de que no la pueden seguir. De lo contrario, considérese muerta. Me están buscando a mí, pero usted puede ser una buena presa. Márchese ahora, entre dos sacrificios. Dese prisa.

Brigitte fue retrocediendo, lentamente, sin incorporarse todavía. Al pasar, vio los pies de Nap… Al menos, supuso que debían de ser de él. Los llevaba completamente envueltos en trozos de piel y sujetos por tiras del mismo material. Eso fue todo lo que pudo ver…

Por fin, pudo ponerse en pie y se dirigió hacia la salida del templo, en cuyo interior Kali continuaba recibiendo rezos y sacrificios sangrientos, en medio de un clamor espantoso… Estaba abriéndose paso entre más gente que entraba en aquel momento cuando vio al primero de los hombres. Era más alto que los demás, llevaba turbante, y sus ojos parecían tener una luz fosforescente en el templo iluminado por antorchas… Eran como dos brasas negras y

rojas sumergidas en unos diminutos pozos blancos… A la derecha, vio al otro, de pronto, aún más cerca de ella, también apartando a la gente para acercarse. Parecía idéntico al que había visto en primer lugar. También era muy alto, llevaba turbante, sus ojos refulgían como brasas… En el momento en que Brigitte salía a la gran plaza, aquel hindú estaba a punto de conseguirlo… Brigitte se volvió a medias, lo vio apartando a las últimas gentes, y sintió un ramalazo de frío en todo el cuerpo al ver en toda su magnitud al hombre… Llevaba solamente un taparrabos, iba descalzo… El otro se reunió enseguida con él, y los dos se dirigieron resueltamente hacia Brigitte, que echó a correr al llegar a la primera calleja, apenas doblar la esquina, y justo cuando en la plaza aparecía el tercer hindú acercándose a los otros dos. Sin duda había estado esperando afuera, y al ver salir a sus compañeros acudió a su encuentro. Uno de ellos le hizo una seña hacia otro callejón, y el tercer hindú echó a correr hacia allí, mientras los otros dos se lanzaban en pos de Brigitte.

Y Brigitte, tras recorrer apenas cincuenta yardas, se encontró en el extremo cerrado del callejón. Apenas quedaba ya una pizca de luz del día, y al volverse vio a los dos avanzando hacia ella, despacio, tensando entre sus dos manos una cuerda, o… o algo parecido…

La revelación casi dobló las piernas de la espía, de puro terror. Una revelación brutal, que durante un par de segundos la dejó paralizada de espanto, de miedo infinito: aquellos hombres eran thugs, los estranguladores de la diosa Kali…

Y lo que llevaban en las manos eran sus clásicas cintas de seda, para estrangular a sus víctimas. Aquello era… era absurdo. Ya no existían los thugs, ya no había estranguladores en la India, según se decía.

Pero los dos hombres estaban allí, ante ella. Recordó de pronto que llevaba su pistolita, pegada al muslo. Pero también de pronto comprendió que no podría dispararla dos veces, con efectividad, al menos, antes de que aquellos dos hombres saltasen sobre ella.

Alzó la cabeza hacia la tapia, saltó, sus dedos se crisparon en el borde y se izó rápidamente, con todas sus fuerzas, oyendo tras ella las rápidas pisadas de los pies descalzos… Estaba a punto de saltar al otro lado cuando una mano tocó su pie. El miedo había

desaparecido ya del ánimo de la espía internacional. En su lugar, arrollador, estaba ahora el espíritu de conservación… Dio un tirón, su zapato quedó en aquella mano, pero ella quedó libre para saltar al otro lado, justo cuando otra mano intentaba sujetarla por un brazo…

El largo manto blanco quedó atrás, en una de aquellas manos, cuando Baby cayó al otro lado de la tapia Se encontró en un patio pequeño, maloliente, estrecho… Delante de ella, otra tapia. Corrió hacia allí, la escaló, miró al otro lado y vio un nuevo callejón… Casi gritando de alegría, saltó y se lanzó a toda prisa por el callejón, hacia la salida…

Y se detuvo en seco al ver aparecer al tercer thug en la punta de aquel callejón. De nuevo e estremeció, pero ahora sacó la pistolita con silenciador acoplado de origen. Decidió que era mejor acudir al encuentro del thug, pues de este modo estaría más cerca de la salida del callejón cuando lo matase y, por tanto, con más posibilidades de escapar, ya que, sin duda, los otros dos estaban tras ella, siguiendo su mismo camino…

Al adelantar vio otro callejón, estrechísimo, y se metió por él de pronto, corriendo descalza, pues había decidido prescindir del único zapato que le quedaba… Llevando tras ella al tercer thug, recorrió el nuevo callejón, siempre corriendo a toda velocidad posible, resbalando un par de veces sobre el sucio, resbaladizo suelo… Salió de aquel callejón, dobló por otro, por otro, por otro… Se detuvo de pronto, jadeando contenidamente, procurando no hacer ruido ni siquiera con su respiración desacompasada… En el silencio de aquellos callejones, los cantos de los creyentes llegaban hasta ella, y el rumor del templo de Kali… Estuvo unos cuantos segundos en aquel portal, recuperando la respiración… Miró a ambos lados del callejón, no vio a nadie, salió y empezó a caminar cautelosamente hacia uno de los extremos. Apenas veía ya nada, pero, de pronto, sí vio el blanco turbante, aquellos ojos de fuego, justamente delante de ella, a menos de veinte pies, en la punta del callejón.

Alzó la pistolita y disparó. Lo hizo por segunda vez.

Estaba segura de que ella jamás podía fallar aquel blanco. Y, sin embargo, el hombre caminó hacia ella, alzando las manos con la cinta de seda de los estranguladores tensa entre ellas.

Casi temblando, Brigitte disparó por tercera vez, retrocediendo

el mismo tiempo un paso. Esta vez estuvo segura de haber dado en el blanco, porque el thug se estremeció… Pero continuó avanzando, siempre con la cinta tensa entre sus manos tendidas hacia delante…

Brigitte volvió a disparar, ahora a la cabeza. No cometería más errores.

Vio estallar la frente del thug, y sólo entonces éste se detuvo, para caer inmediatamente hacia el sucio suelo de tierra resbaladiza… Brigitte dio media vuelta y echó a correr hacia el otro extremo del callejón. Estaba ya a punto de conseguir llegar a su objetivo cuando aparecieron los otros thugs, de pronto, delante mismo de ella, a menos de tres pasos, con las cintas de seda en sus manos.

Casi gritando, Baby Montfort disparó contra uno de ellos. A la cabeza. Pudo hacerlo por dos veces, la vio estallar, derrumbarse al hombre…

Y entonces la cinta de seda del tercer thug se cerró en su muñeca, apretándola de tal modo que Brigitte tuvo la sensación de que le iba a cercenar la mano. Quiso disparar, pero su mano se estaba abriendo, como muerta, inerte, sin sangre ni fuerza… La pistola cayó al suelo, y el thug tiró entonces de la cinta de seda, lanzando a Brigitte contra la pared… Al rebote, quiso pasarle la cinta por la garganta, pero, sin duda, estaba acostumbrado a peleas fáciles…

La cinta de seda chascó al tensarse tras el brusco tirón, sin encontrar el delicado cuello de la espía. Al mismo tiempo, el thug recibía un codazo en la boca del estómago que, más que dolerle realmente, le sorprendió. Quedó un instante inmóvil, en postura propicia para recibir un tremendo atemi de judo en el costado derecho, propinado por la mano izquierda de Brigitte, que quiso aprovechar la ocasión para pasar bajo los hercúleos brazos brillantes de aceite…

Cuando pasaba, la cinta de seda cayó, por fin, sobre su garganta. Pero ni siquiera dio tiempo al thug para apretar. Se inclinó, cogiendo con la mano izquierda la muñeca derecha del thug, intentando pasarlo por encima de ella y lanzarlo contra la pared. Encontró una inicial dificultad, debido a la tensión del thug, pero ella relajó esa tensión golpeando hacia atrás con su codo derecho, de nuevo en el estómago. Luego dio el tirón, definitivo, y el hindú

pasó por encima de ella, pero pesadamente, aplastándola con su peso.

Con una sola mano era difícil hacer saltar por encima a un enemigo de aquella envergadura y peso. La cinta de seda estaba floja en su cuello, pero de nuevo empezó a apretar, precisamente cuando la mano izquierda de Brigitte caía como un regalo de su fabulosa buena suerte sobre la pistolita de cachas de madreperla…

No tuvo que emplearla.

Tras el primer apretón inicial, en verdad flojo, se oyó un apagado «plop», y algo líquido y caliente cayó sobre la nuca de la espía… Al mismo tiempo, el peso del thug parecía aumentar sobre ella.

Sólo un instante, porque el thug fue apartado, tirado a un lado, y Brigitte se revolvió rápidamente, alzando la pistolita, pálido y frío el rostro, fría de terror, pero dispuesta a disparar…

—¡Espere! —Oyó en inglés—. ¡No sea desagradecida!

Se quedó con la mano en alto, sentada en el suelo, mirando incrédulamente al altísimo hombre vestido a la europea, de blanco…

—¿Nap? —susurró la espía.

—¿Cómo dice? Oh, bueno, no me parece el momento apropiado para conversaciones… ¡Vámonos de aquí!

Se inclinó hacia ella, tendiendo su mano diestra. En la zurda tenía una potente pistola. Brigitte se puso en pie, ayudada por el desconocido, y se estremeció cuando su mirada pasó sobre el cadáver del thug.

—¿Quién es usted? —musitó.

—Una persona normal… ¿No le basta esto? Venga conmigo: tengo un magnífico coche esperando cerca de aquí.

Brigitte no hizo más preguntas. En verdad que no era el momento adecuado. Además, aquel hombre, en efecto, parecía una persona normal, y después de la pelea con aquellos tres fanáticos thugs, tal encuentro resultaba maravilloso…

Capítulo III

—¿Un cigarrillo? —ofreció el desconocido.

—Sí… Sí, gracias… Lo necesito de veras.

—No es bueno tener vicios —sonrió él, accionando su encendedor—. Pero, en general, los vicios son una especie de… calmante. Y el vicio del tabaco es de los más inofensivos. Ciertamente, en los últimos tiempos se asegura que el tabaco produce cáncer, pero debemos considerar…

—Señor —sonrió Brigitte, expeliendo el humo—, ¿quién es usted?

Estaban los dos dentro del coche, lejos ya de las callejuelas que bordean la plaza del templo de la diosa Kali. Se habían aproximado al centro de Benarés, donde refulgían las luces de residencias de lujo, palacios de menor importancia, avenidas aceptablemente tranquilas. El hombre que había salvado a Brigitte de una situación que quizás hubiese resultado definitivamente desagradable, era muy alto, en efecto. Llevaba un traje blanco, corbata clara, zapatos blancos. Era de una elegancia seria, varonil, en absoluto rebuscada. Pelirrojo, simpáticos ojos verdes, gran boca de labios finos y expresión sonriente.

Para la experta mirada de la espía, estaba claro que bajo el sobaco derecho aquel hombre llevaba la pistola con la que había reventado la cabeza del tercer thug.

El hombre sonrió de aquel modo tan simpático.

—¿Yo? ¿Pregunta usted que quién soy yo…? Ya se lo dije: un hombre normal.

—Un hombre normal, señor, no va armado de una pistola, ni es capaz de matar a un thug de un solo balazo… Me refiero a que un hombre normal no sabe que para matar a esos fanáticos hay que reventarles la cabeza, el centro más vital…, dadas sus circunstancias.

—Querida señora…

—Señorita.

—Oh, tanto mejor… Bien, querida señorita, iba a decir que un hombre que lleva una pistola en la India, y concretamente en Benarés, es una persona normal. La prueba la tenemos en usted misma, que también llevaba… y lleva ahora de nuevo su pistolita.

—Mi nombre es Brigitte Montfort —sonrió la divina—. ¿Y el suyo?

—Smith… —carraspeó el pelirrojo—. Roger Smith, señorita Montfort.

—Smith… ¿No le parece que es un nombre demasiado corriente?

—Bueno… Yo también soy un hombre corriente…

—¿De qué nacionalidad?

—Británico —se escandalizó Smith—. ¿No se me nota?

—No.

—Oh… Bien, supongo que deberemos atribuirlo a mi larga permanencia en Asia… En la India, concretamente. Imagino que usted está enterada de que, hasta hace algunos años, la India era una colonia inglesa.

—Estoy enterada. Pero hace de eso tantos años, señor Smith, que me extraña que usted haya permanecido aquí, en lugar de regresar a Inglaterra. Me consta que para los ingleses no hay en el mundo nada mejor que sus islas. Y la pérdida de una colonia tan importante me parece el mejor de los motivos para regresar a la patria.

—Regresé. Estuve allá unos meses… Y, de pronto, un día, me di cuenta de que no podía vivir en Inglaterra. Es posible que resulte un poco absurdo, pero decidí volver para siempre a la India, un hombre es… como una planta: resulta difícil de llevar de un lugar a otro.

—No estoy de acuerdo con usted. Un hombre es capaz de aclimatarse a cualquier cosa, señor Smith. Sobre todo, al ambiente de su patria.

—Pero no al clima. Yo soy… una planta tropical. Inglaterra no es el lugar más adecuado para las plantas tropicales. Imagínese: si yo estuviese en Inglaterra en estos momentos, no podría llevar un traje blanco, cómodo y fresco. Debería llevar un traje gris, u oscuro,

un paraguas, un gabán o gabardina… Sobre todo, un paraguas. Detesto los paraguas.

—En la India también llueve —sonrió Brigitte.

—Ah, sí, ciertamente. Pero… ¿se ha dado cuenta? Aquí, cuando llueve, llueve. No hay engaños posibles. Llueve durante semanas. Uno no puede decir que lo han engañado. En Inglaterra, sale el sol por la mañana, uno se pone un clavel en el ojal y se va a su trabajo… Pues bien: en cualquier momento empieza a llover. Y yo, que siempre me olvido los paraguas, me cansé pronto de aquel juego meteorológico. Me dije que la India tenía sus épocas de lluvia, pero también sus épocas de buen sol radiante, sin engaños… Y aquí estoy. ¿Y usted?

—Yo también estoy aquí —sonrió una vez más la divina espía.

—Cierto —rió Smith—, usted está aquí, sin discusión alguna… ¿Turismo?

—Sí, sí.

—¿Americana, claro?

—Americana, desde luego.

—Magnífico. Americana y turista… ¿Conoce la historia completa de Kali, señorita Montfort?

—Bastante.

—Lástima. Iba a explicársela.

—Puede hacerlo. Me encantará escuchar su versión.

—Se lo agradezco. En general, la gente no gusta de escuchar a los demás. Todo el mundo tiene prisa, o, al menos, no le interesa escuchar a otras personas… ¿Kali? Bueno, es la diosa de la destrucción… Y, por contraste, es también la diosa de la fecundación. Esposa de Siva, que, en principio, fue el Dios de la destrucción. Sin embargo, en cierta lucha que Siva sostuvo con ciertos demonios de no sé qué rango, Siva decidió abandonar la lucha. Kali, su esposa, a la que por cierto también se la llama Durga, se disgustó con Siva, y ella misma se dedicó a luchar contra esos demonios. Tuvo éxito. Se cuenta que con gotas de su propia sangre destruía millares de seres infernales… A su vez, ella bebía la sangre de sus enemigos, de modo que los dejaba incapacitados para reproducirse. Kali se entusiasmó tanto con su victoria, que prosiguió la lucha, a pesar de los ruegos de los dioses. Por último, éstos solicitaron de Siva que tranquilizase a su esposa. Pero Kali se burló

de su esposo, lo derribó, le puso un pie en el pecho y le sacó la lengua, en señal de burla… Mmm… Entre otras cosas, conviene señalar que a Kali se la conoce más generalmente con el nombre de Kali Ma, o sea, «madre negra»… Es una curiosa personalidad de la mitología hindú. ¿Conocía usted todo esto, señorita Montfort?

—Desde luego. Pero su relato ha sido muy interesante. Aunque ha omitido lo concerniente a los meriahs, señor Smith. Ya sabe: esos niños que estaban destinados al sacrificio en alabanza a Kali… Niños inocentes que eran descuartizados vivos, quemados, estrangulados como un ofrecimiento de sumisión y adoración a la diosa Kali.

—Oh, es cierto… Bien, el hecho cierto es que eso ya no se hace hoy día. Se conforman con degollar unas cuantas cabras… Pero eso ya lo ha visto usted en el templo, ¿no es así? Podría contarle…

—Señor Smith, la charla es simpática, interesante, amena… Pero dígame una cosa: ¿cómo es que usted apareció tan oportunamente?

—Casualidad.

—No, no… Por favor, no me suponga tan estúpida. Yo creería en esa casualidad si nos hubiésemos encontrado en un hotel, una sala de fiestas, un teatro, un parque hermoso, un templo tranquilo a mediodía… Pero su presencia en un callejón del cual yo no hubiese sabido salir tan rápidamente, debe tener una explicación más lógica, una explicación que mi mentalidad occidental sea capaz de comprender.

—De acuerdo. Tiene usted razón: no estaba allí por casualidad, sino para ayudarla. La vi salir perseguida por los tres thugs, y pensé que debía ayudarla.

—¿Por qué?

—Por humanidad.

—¿Realmente es usted británico?

—Ya sé que no lo parezco, pero no puedo decir otra cosa. Puedo mostrarle documentos, pasaportes, datos… Atribuya mi inglés tan peculiar a mi larga estancia en la India, como ya le he dicho.

—Aceptado. Ahora, ¿a qué servicio pertenece usted?

—¿A qué servicio…? No comprendo…

—¿A qué servicio secreto, señor Smith?

Roger Smith sonrió brevemente. Luego, encendió un cigarrillo, se quedó mirando hacia delante, a través del parabrisas, y, de

pronto, volvió a sonreír.

—Al MI5 británico. ¿Y usted?

—A la CIA norteamericana.

—Bien —suspiró Smith—, parece que esto aclara mucho las cosas. Hemos perdido un poco de tiempo en tonterías, ¿verdad?

—El tiempo, mientras uno está vivo, no tiene importancia… ¿Qué hacía usted cerca de mí, señor Smith?

—¿Cerca de usted? —El británico alzó las cejas—. Perdone, usted no entiende… ¿Cree que la estaba vigilando a usted?

—Es evidente.

—Evidencia falsa. Estaba vigilando a los tres thugs.

—¿Por qué?

—No me gustaban.

—Lo cual celebro mucho. ¿Realmente no significa nada para usted el nombre de Nap?

—¿Nap? No… ¿Qué debería sugerirme?

—¿Conoce usted a algún faquir?

—Algunos… Son gente curiosa. ¿Qué significa Nap, señorita Montfort?

—Nada… Nada que merezca la pena. ¿Sería tan amable de dejarme en mi hotel, señor Smith?

—Pero… Bueno, yo creí que podríamos… cenar juntos…

—¿Por qué no? Pero aún es temprano, señor Smith. Antes, quisiera ir a mi hotel a cambiarme de ropa, ponerme unos zapatos…

—Claro… ¡Claro! —rió Smith—. Y, de paso, es posible que usted encuentre tiempo para hacer algún pequeño encargo de la CIA.

—Es posible. Comprenda que la CIA no me ha enviado aquí a cenar con un agente del MI5.

Roger Smith se echó a reír de nuevo.

—¡Me lo tengo merecido! Sin embargo, quizás a las ocho podamos encontrarnos para cenar juntos. Será una experiencia agradable… y nueva para ambos.

—Para mí no será nueva en absoluto. Suelo confraternizar muy bien con los espías rivales, señor Smith.

—Es formidable… ¿Paso a buscarla a las ocho?

—Mejor a las… No. Yo pasaré a buscarle a usted. ¿En qué hotel lo encuentro?

—Se va a reír: en el Ganges.

—Muy típico. ¿Qué *suite*?

—Diecinueve. ¿Qué hotel es el suyo?

—El Bengala.

—Fiuuu… —Silbó simpáticamente el pelirrojo de ojos verdes—. Evidentemente, la CIA es más rica que el MI5. Mmm… Estoy pensando que, ya que estamos en un plan tan amistoso, quizás usted querría decirme qué anda buscando en Benarés.

—No quiero decírselo.

—Oh… Bien, en justa correspondencia, yo tampoco le diré lo que estoy buscando precisamente en Benarés. Creo que estamos empatados, ¿no es así?

—No, señor. Yo le debo la vida. Eso no es nunca un empate, para mí.

—Olvídelo.

—No pienso hacerlo. ¿Me lleva a mi hotel?

—Con gusto.

* * *

Se había cambiado ya de vestido, se había puesto otros zapatos y se había asegurado de que la pistolita, repuestos los cartuchos gastados, quedaba firmemente adherida a su muslo izquierdo por medio de una ancha tira de esparadrapo color carne. Decididamente, Benarés no era la ciudad más apropiada para salir a la calle sin armas. Y, además, había que estar dispuesta a usarla de buenas a primeras.

Descolgó el teléfono, pidió un coche de alquiler y dedicó la espera a fumar un cigarrillo y a pensar. Sobre todo, en Nap, que no parecía haber intervenido en nada, excepto para darle instrucciones sobre el próximo contacto, es decir, encontrar al faquir llamado Mohamat Panduj, en la plaza del templo de Vishnú. A menos…

Sí. A menos que Nap fuese un hombre capaz de aparecer como un pelirrojo de ojos verdes, decir de buenas a primeras que pertenecía al MI5 británico y, durante la conversación, dedicarse a estudiar a la agente que le habían enviado desde Estados Unidos. Claro que Nap había quedado en el templo de Kali… Bueno, eso era lo que ella creía, pero tenía sus dudas respecto a Roger Smith. En

primer lugar, habría jurado que no era británico. Cierto que si se permanece durante muchos años en la India, el tono del idioma adquiere un matiz especial, que ella no conocía muy bien, pero…

La llamada a la puerta la sacó de sus cavilaciones. Una llamada idéntica a la anterior, cuando había recibido aquella nota pasada por debajo de la puerta, precisamente. Se puso en pie, fue hacia allá, y, en efecto, lo primero que vio fue el papel en el suelo. Como la vez anterior, Brigitte no se molestó en abrir para mirar al pasillo. Nap había demostrado que era demasiado rápido de movimientos. Y se había propuesto que ella, de momento, no entrase en contacto directo con él…

Recogió el papel. Era diferente; otro papelucho cualquiera. Pero la letra era la misma. Y también la firma.

NO SE OLVIDE DE MOHAMAT PANDUJ. LAMENTO MUCHO NO HABER PODIDO INTERVENIR PARA AYUDARLA. EN CUANTO AL PELIRROJO DE LOS OJOS VERDES, NO SE LLAMA ROGER SMITH, SINO YLLYA SOMAKYN. ES RUSO, Y ES UNO DE LOS AGENTES DE LA MVD EN ASIA. DE LOS MEJORES. CUIDADO CON ÉL. ENHORABUENA POR SU VALIENTE ENFRENTAMIENTO A LOS THUGS.

Nap

Sin saber por qué exactamente, Brigitte se sintió un poco irritada. ¿Qué se había creído Nap? En primer lugar, solicita un agente directamente a la CIA. En segundo lugar, lo mete en Benarés. En tercer lugar, la deja sola frente a tres estranguladores, nada menos. En cuarto lugar, se permite creer que ella puede olvidar el encuentro con Mohamat Panduj. En quinto lugar, rehúsa todo contacto personal, cuando lo que ya debía haber hecho era notificarla de todo lo importante. En sexto lugar, se permite recomendarle que tenga cuidado con Roger Smith, como si ella fuese la espía más tonta y crédula del mundo. En séptimo lugar…

—Estúpido —musitó «Baby», realmente irritada—. ¿Quién o qué se habrá creído que es? Si él es Nap, yo soy Baby. Veremos quién es más importante en la CIA.

Llamó el teléfono. Le anunciaban que en la calle tenía esperando

el coche de alquiler que había solicitado. Dio las gracias, colgó, quemó el mensaje y bajó al vestíbulo. Entregó la llave en la conserjería, recogió su pasaporte, que ya había sido examinado y utilizado a efectos de registro, y salió a la calle pensando que se habría visto en un grave apuro si en aquella primera salida por la tarde hubiese precisado el pasaporte, que había quedado en el hotel…

—Una limosna… una limosna en nombre de Brahma… El peregrino rogará a Brahma por…

—¡Fuera! —amenazó el portero del Bengala al mendigo que había aparecido ante Brigitte—. ¡Fuera de aquí!

El mendigo retrocedió unos pasos. Sólo unos pasos. Quedó quieto en actitud implorante, apoyado en su largo bastón, encogido, encorvado, envuelto en su gran manto oscuro de tal modo que parecía una simple sombra temblorosa.

El portero del hotel había abierto la portezuela del coche de alquiler. Brigitte abrió el bolso y sacó un billete de veinte dólares. Pero no se lo dio al portero, sino que adelantó unos pasos hacia el mendigo, alargándole el billete.

—Tenga… Es para usted;…

—Tírelo al suelo —advirtió velozmente el portero—. ¡Es un intocable, mensahib!

—¿De los de Eliot Ness? —sonrió la divina.

Pero el mendigo no osaba acercarse, y ella dejó caer el billete al suelo. Inmediatamente, el mendigo se abalanzó hacia los veinte dólares, los recogió y empezó a reverenciar a la espía, clamando a su dios clemencia para la extranjera…, y, al mismo tiempo intercalando unas palabras en ruso:

—Tenga cuidado: Yllya Somakyn está esperando, en un coche, su salida del hotel. Debe de querer seguirla. No comprometa a Mohamat Panduj.

Brigitte venció pronto su sorpresa. Entró en el coche que se puso en marcha enseguida, y, al pasar todavía vio al mendigo, inclinándose repetidamente en dirección a ella, moviendo su gran manto mugriento y andrajoso… Pero ni la menor señal de su rostro, de sus manos, del brillo de sus ojos…

«Nuestro agente de Pekín» estaba resultando un hombre de suma eficacia, realmente. Muy vigilante, muy precavido, dominando la

situación… Un mendigo muy original, ciertamente.

Capítulo IV

Se apeó, no sin cierta desconfianza, en la plaza del templo de Vishnú. De ninguna manera le gustaría volver a encontrarse unos cuantos thugs dispuestos a estrangularla…, aunque fuese con cintas de seda.

También esta vez iba prevenida para disfrazarse, si bien de un modo elemental. La plaza estaba abarrotada de gente, en especial mendigos, que se abalanzaron hacia ella, con las manos tendidas. Había mendigos de todas clases y de todas las edades, desde el niño raquítico hasta el más decrépito y esquelético anciano de largas barbas que pudiera buscarse. Comprendió que si daba alguna limosna ya no la dejarían en paz, y decidió huir rápidamente de allí, dejando atrás a la corte de gimientes, implorantes mendigos.

En una callejuela cercana, desenvolvió el paquete que se había procurado y sacó un manto azul y unas sandalias. Se quitó los zapatos, los envolvió en el papel y los dejó en un rincón. Luego, se echó el manto sobre la cabeza, a estilo de una mujer hindú, tras colocarse las sandalias. Y así, envuelta completamente en el manto, regresó a la plaza, comprobando con satisfacción que su disfraz, no por simple, resultaba menos efectivo: ningún mendigo se acercó a ella con la misma avidez de antes. Algunos se cruzaron con ella, tendían su plato, imploraban…, pero de una manera rutinaria, no con la insistencia de antes, cuando habían visto a la extranjera que sin duda debía de ser rica.

Estuvo veinte minutos caminando por la plaza, mirando a todos lados. Había puestos en los que se vendía de todo: sandalias; aguardiente de arroz; amuletos diversos con cabezas de tigre, de elefante, de serpiente, de mono; pañuelos para la cabeza, grandes sarongs, vasijas de barro o de cobre, flautas, cigarrillos, colosales pipas, cocacola… Algunos bazares estaban bastante iluminados, y otros, en cambio, parecían cuevas siniestras… Refulgía el templo de

Vishnú, y algunos blancos lo miraban desde todos los lados de la plaza…

Y en uno de esos lados, un hindú ya anciano, flaquísimo, de larga barba blanca y turbante a la cabeza. El resto de su indumentaria era un simple taparrabos blanco. Estaba sentado sobre una esterilla llena de clavos puntiagudos, que se clavaban en su carne sin que él, aparentemente, notase nada. Estaba con los ojos cerrados, en éxtasis, los flacos brazos cruzados sobre el esquelético pecho desnudo. No había truco en los clavos, que se hundían realmente en la carne. Paro ni brotaba sangre, ni el viejo hindú parecía sentir el menor dolor. Era el procedimiento yoga de alejar el espíritu de la materia. El espíritu se iba a los cielos, y la carne, simple materia, quedaba desamparada, insensible. Tan insensible que no podía notar nada: ni pinchazos, ni cortes, quemaduras, golpes… Ésta es la explicación, en pocas palabras… Pero Brigitte se encontró pensando en el modo de conseguirlo. Sin duda, no era fácil dominar la mente de tal modo que la alejaba de la materia, y por tamo ésta no podía experimentar ninguna clase de sensaciones… Sí: muy fácil de explicar, pero…

El faquir, que en realidad parecía un «yoghi», estaba rodeado de gente, especialmente hombres y mujeres de raza blanca, que contemplaban con expresión desorbitada el estoicismo del hindú, sentado con las piernas cruzadas sobre largos clavos puntiagudos como si se hallase en el más cómodo de los almohadones, impávido, ausente… Un chiquillo pasaba un plato de cobre por delante de todos los presentes; un chiquillo de grandísimos ojos negros, muy serios, reflexivos, que canturriaba en varios dialectos hindúes y en inglés:

—Una limosna para el maestro peregrino… Una ayuda para el gran «yoghi» de las montañas, que ha venido a Benarés a orar y a predicar… Una gran limosna para que Mohamat Panduj pueda hacer pequeñas limosnas que lo consuelan todo…

El niño se detuvo delante de Brigitte, agitando levemente el pllato de cobre.

—Una limosna para… No se vaya… el gran «yoghi» de las montañas que ha venido a Benarés a orar y predicar… Sígame a mí… Una gran limosna para que Mohamat Panduj pueda hacer pequeñas limosnas que lo consuelan todo…

Brigitte depositó unas cuantas rupias en el plato, sin mostrar asombro o desconcierto. El niño hindú continuó pasando el plato durante algunos minutos, sin volver a mirarla ni siquiera una vez, incansable en su cantilena referente al gran «yoghi» de las montañas… El cual, poco después, abría lo ojos, de pronto, y se quedaba mirando impávido ante él.

Estuvo así unos segundos, quizás un minuto completo. Transcurrido, este corto espacio de tiempo, se puso en pie, lentamente, pisando sobre los clavos puntiagudos como si fuesen el más suave y blando terreno. Con una naturalidad casi majestuosa, salió de la esterilla, sin mirar a nadie, y comenzó a caminar, alejándose del gran cerco de curiosos, hacia la más cercana calleja que daba a la plaza iluminada en rojo de llamas.

—Mohamat Panduj se retira, a orar en solitario —recitaba el muchacho hindú—. Mohamat Panduj volverá mañana para ofrecer su sacrificio a todos los fieles…

Había murmullos de desencanto junto a Brigitte. Los hindúes y los extranjeros comenzaron a desfilar, mientras el muchacho iba recogiendo la esterilla, las monedas del suelo… Brigitte lo contemplaba desde una distancia prudente, esperando el momento en que tendría que seguirlo. Fue muy pronto.

Apenas recogido todo, el muchacho, cargado con la esterilla y con las monedas, empezó a caminar, en dirección distinta a la tomada por Mohamat Panduj. Tenía un paso vivo; rápido, decidido. Pero la espía internacional precisaba mucho más que el simple paso de un niño para perder una pista de aquella importancia. Una pista proporcionada precisamente por Nap, lo cual, sin lugar a dudas, indicaba que Mohamat Panduj, y casi seguro el niño de los grandes ojos negros, eran amigos o aliados suyos.

Envuelta en su mantón azul, caminando con sus ligeras sandalias, la espía estuvo durante más de media hora siguiendo al muchacho, cuyo recorrido era en verdad desconcertante. Pero, poco a poco, la dirección de su marcha fue definiéndose, hacia la parte oeste de Benarés, cerca de la orilla del Ganges, ya casi en las afueras. Había muchas chozas, la mayor parte a oscuras. En algunas de ellas brillaba la luz de una antorcha; en otras, a oscuras, se oían voces que parecían extraños cantos monótonos. Parecía que la noche fuese espesándose por aquella parte de la ciudad. Algunos

mendigos pasaban como sombras, cerca de Brigitte, rozando a veces al muchacho de los grandes ojos negros…

Casi cincuenta minutos después de haber abandonado la plaza del templo de Vishnú, Brigitte vio al muchacho detenerse delante de una choza hecha de barro y cañas de bambú. De pronto, el muchacho entró en la choza…

Y todo quedó en silencio. Un silencio espeso, amenazador, extraño, perforado por lejanas voces amortiguada…

La espía se acercó a la choza, que no tenía puerta, sino una simple esterilla que tapaba el hueco. La apartó con una mano, despacio, un tanto inquieta.

—Adelante, agente Baby.

Era una voz profunda, casi ronca. Una voz vieja, lenta, sabia… El muchacho apareció ante ella, a un lado de la entrada, y acabó de apartar la esterilla.

—Pase, mensahib —musitó—. Mohamat Panduj la está esperando.

Brigitte entró. Parecía que la cabaña constaba de una sola pieza. Había una antorcha encendida en un rincón. En otro rincón, un par de esteras de paja, delgadísimas, extendidas sobre el suelo. Una vasija de barro que parecía contener agua. En realidad, no podía decirse que allí dentro hubiese nada más… A excepción de Mohamat Panduj, que estaba sentado delante mismo de la puerta, cruzadas las piernas flaquísimas, con las rodillas tocando el suelo. Era una postura muy difícil de conseguir, pero el anciano hindú no parecía incómodo, ni mucho menos. Su delgado rostro tenía un tono amarillento de piel, pero se enrojecía al reflejo de la llama de la antorcha. Era como un hueso forrado de pellejo seco, como una planta ya seca que permanece milagrosamente viva.

—Un hombre al que llamamos Nap me indicó que me pusiese en contacto con usted —musitó Brigitte.

—Todavía no la oye —casi sonrió el niño hindú—. Yo soy Tarab, y siempre voy con Mohamat Panduj. Los dos somos amigos del hombre al que usted llama Nap. ¿Quiere sentarse?

Brigitte volvió a mirar al viejo hindú, sonrió y se sentó en una de las esteras de paja, con la misma elegancia que si se tratase de un sillón del más lujoso estilo francés. No olía muy bien allí, desde luego, pero la graciosa naricilla femenina no se arrugó ni mostró

desagrado con el menor gesto.

—¿Quién le ha dicho que soy la agente Baby? —preguntó, de pronto, sin dejar de sonreír—. ¿Nap, quizá?

La verdad es que no esperaba respuesta, por lo menos de Mohamat Panduj. Por eso se sorprendió un poco al oír de nuevo la voz de éste:

—Nap no conoce el nombre de la agente que tenía que encontrarse con él en Benarés.

—Pero usted sí conoce mi nombre de guerra —continuó sonriendo la espía—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie tiene que decirlo. Yo lo sé. Sé más… Mucho más…

De nuevo quedó silencioso Mohamat Panduj, inmóvil como si fuese de piedra. Brigitte aguzó el oído y, en efecto, captó el finísimo sonido de un mecanismo deslizándose. Frunció el ceño, se puso en pie y se acercó a Mohamat Panduj. Cierto: junto a la rodilla derecha del hindú vio el pequeño magnetófono, en marcha, grabando lo que se hablaba en la maloliente cabaña. Miró a Tarab, y se encontró con la brillante mirada del niño fija en ella. No parecía tener miedo, y sí, en cambio, parecía esperar algo, expectante, vigilante.

Brigitte volvió a sentarse, en el sitio de antes, colocando sus ropas de tal modo que podía alcanzar fácilmente la pistolita que llevaba pegada al muslo.

—Es conocida con el nombre de Brigitte Montfort —volvió a dejar oír su ronca voz el viejo hindú—. Trabaja en el diario matutino de la ciudad de Nueva York llamado Morning News, a las órdenes de un hombre llamado Miky Grogan. Frank… Frank Minello, un gran amigo… Charles Pitzer, llamado «tío Charlie»…, jefe directo de la agente Baby en Nueva York… Simón… Simón… Muchos hombres llamados Simón… Brigitte Montfort trabaja para la CIA con el nombre clave de agente Baby, y su expediente es el más completo y lleno de éxitos… Un hombre llamado… llamado míster Cavanagh está enamorado de ella, de la agente Baby, pero jamás se lo dirá… La agente Baby tiene fama de indisciplinada en la CIA, pero siempre cumple sus trabajos… En ocasiones, decide el desenlace por su propia cuenta, habiendo sido juzgada en rebeldía por un tribunal… especial de la CIA, que no pudo… castigarla, por admitir los legítimos… motivos humanos que habían obligado a la agente Baby a… a actuar por su cuenta…

—¿Qué broma es ésta? —musitó Brigitte—. ¿De dónde han sacado…?

Tarab se colocó ante ella y le suplicó silencio con un gesto. Mohamat Panduj parecía haber recibido un sobresalto y se agitaba… Tardó casi un minuto en volver a quedar petrificado. Y su voz todavía tardó más, no menos de tres minutos en volver a oírse:

—Brigitte Montfort, agente Baby… Nacida en París en mil novecientos… treinta y nueve. Madre, Giselle Montfort, soltera, fusilada en la prisión parisina de Cherche Midi por los… alemanes… Padre, Fritz Bierrenbach, estratega alemán…, desaparecido al iniciarse la Segunda Guerra Mundial… Brigitte Bierrenbach Montfort fue llevada a Estados Unidos y… y ahijada por parientes ricos de su padre… Naturalizada americana… Estudios en la universidad de Columbia en Nueva York… Ella sabe…

—Quiero que detenga esta farsa —susurró Brigitte—. Y va a ser ahora mismo. Tarab se inclinó junto a ella, más brillantes los ojos a cada instante.

—No es farsa… Mohamat Panduj está recibiendo el fluido de los espíritus… Ellos lo saben todo… Brigitte, un poco pálida ante aquellas revelaciones del viejo hindú, revelaciones que muy poca gente conocía, asintió sombríamente con la cabeza.

—No quiero que hable más de eso. ¿Por qué hacerlo?

—Nap lo quiere así. Desea saber si puede confiar en usted.

—Entonces, yo también quiero saber si puedo confiar en él.

—Mohamat Panduj está ahora en pleno trance. Puede preguntarle lo que quiera. Pero Nap me ordenó que antes le hiciese yo algunas preguntas, para saber si él puede confiar en usted.

—Haz las preguntas.

Tarab se incorporó, mirando hacia Panduj.

—¿Puede nuestro amigo Nap confiar en la agente Baby?

—La agente Baby —informó roncamente Panduj— siempre ha cumplido su palabra… Ha matado a hombres…, a mujeres… Pero siempre ha cumplido su palabra, nunca ha traicionado a sus amigos…

—¿Confía la CIA en la agente Baby?

—Absolutamente.

—¿Fue encargada la agente Baby de entrevistarse en Benarés

con nuestro amigo llamado Nap?

—Ella fue la encargada de hacerlo.

—¿No hay traición en la mente de la agente Baby?

—La agente Baby jamás traiciona…, pero su mente es… demasiado libre… Toma sus decisiones en el momento oportuno, jamás decide nada de antemano… Pero si lo que le piden es justo, ella lo hará, por encima de todo…

Tarab volvió a mirar a la espía.

—Éstas son las preguntas que Nap me ordenó, agente Baby. Ya he terminado. Mohamat Panduj despertará pronto y…

—Un momento. Yo también quiero saber si esto es una estúpida broma, o una trampa. Quiero preguntarle algo a Mohamat Panduj.

—Hágalo. Pregúntele directamente a él, mirando su frente. Brigitte obedeció, preguntando:

—¿Cómo y con quién vivo yo en Nueva York?

—Quinta Avenida… Apartamento de lujo… Piscina en la terraza… Dos automóviles… Ciento… cincuenta mil dólares anuales de sueldo en el Morning News… Cantidades nunca exactas de la CIA Cien… Doscientos… Trescientos mil dólares al año… En el apartamento hay ahora un hombre…, una mujer…, un perro… El perro se llama Cicero… La mujer, Peggy… El hombre se llama… se llama… No es posible saber su nombre… Está diciendo que… que avisen a Brigitte de que la ha visitado… Dice llamarse Número Uno… Número Uno, ése es su nombre…

—Número Uno[2] está en Europa —musitó Brigitte.

—Número Uno está en Nueva York, ahora… Deja un ramo de flores a la mujer llamada Peggy… Está triste… Se va…

—Está bien, podré enterarme de eso. Ahora, quiero saber quién es Nap.

—Nap es…

—¡No! —exclamó Tarab—. ¡Nap no quiere que eso sea dicho! ¡No dejes que los espíritus contesten, Mohamat Panduj! ¡Despierta!

Mohamat Panduj pareció recibir una descarga eléctrica. Abrió pesadamente los párpados. Poco a poco, el brillo normal fue apareciendo en las negrísimas pupilas. Por fin, se quedó mirando a Brigitte. Luego, a Tarab, el cual asintió con la cabeza. Entonces, el hindú señaló la salida.

—Puede marcharse, señorita.

—¿Marcharme? ¿Eso es todo?

—Sí… Nap se pondrá en contacto con usted.

—Pero… ¿qué clase de tontería es ésta? —refunfuñó Brigitte—. ¡No me gusta perder el tiempo, Mohamat Panduj!

—El tiempo ni se pierde ni se encuentra, señorita. El tiempo es inmutable e inalterable. Nuestras vidas pasan a través de él sin modificarlo. Márchese. Nap la buscará pronto… ¿Ella es de fiar, Tarab?

—¿Está loco? —Se anticipó Brigitte—. ¡Usted, con sus trucos de farsante, sabe muy bien que sí soy de fiar!

—Yo no sé nada. Por eso pregunto.

—Pero ¡ahora mismo acaba de demostrar que sabe de mí más que mucha gente a quien conozco hace años…!

—Yo no sé nada. He sido sólo un intermediario en la información que han facilitado los espíritus, Por eso, Nap quiso tener este aparato cerca de nosotros. Él escuchará, y decidirá.

Brigitte se puso en pie, con el ceño fruncido.

—Dígale a Nap que me está pareciendo un hombre demasiado presuntuoso para mí, Panduj. ¿Quién se ha creído que es? Y dígale también que no estoy acostumbrada a que los agentes que me llaman para ser ayudados por mí, me rehuyan. Quiero un contacto con él lo más pronto posible. Un contacto personal, directo; y muchas explicaciones. Esperaré solamente hasta mañana al mediodía. Si para entonces Nap no se ha dignado acercarse a mí con ánimo de informarme cumplidamente, tomaré un avión de regreso a Estados Unidos.

—Yo sólo puedo transmitirle lo que Nap dijo: usted debe ahora regresar al hotel y esperar.

—Dígale también a Nap que no estoy acostumbrada a obedecer órdenes de quien se comporta como él…

—Nap tiene sus motivos.

—¿Motivos? ¿Qué clase de motivos?

—Sus motivos.

—Está bien… No vamos a discutir nosotros, Panduj. A mí no me engaña: usted, es un viejo astuto, tan espía como yo misma y como Nap… No es un simple hindú que se dedica a cosas raras.

—¿También Tarab es un espía?

—¿Por qué no? —Casi se irritó Brigitte—. A fin de cuentas,

todos estamos trabajando para el espionaje, ¿no es así?

Los flaquísimos hombros de Mohamat Panduj se encogieron brevemente.

—Regrese al hotel y espere. Es todo cuanto puedo decirle. Y no se preocupe: traspasaré a Nap sus palabras.

—Eso espero.

—¿Quiere que Tarab la acompañe? Estos lugares, además de estar lejos del centro de Benarés, son peligrosos…

—Llevo muchos años cuidando de mí misma. Y si no me he perdido en el mundo, menos voy a perderme en una ciudad. Estaré esperando noticias de Nap, en mi hotel, hasta mañana al mediodía. Y a fin de que no crean que estoy bromeando, pueden enterarse, si quieren, de que voy a pedir mi cuenta del hotel esta misma noche. Adiós.

Salió de la choza vivamente, todavía irritada con Nap. Nunca le había sucedido que un agente que estuviese trabajando para la CIA lo mismo que ella, evitase el contacto directo y claro, para esclarecer la situación y explicar los motivos de su llamada. Hasta el momento, Nap se había limitado a enviarla de un lugar a otro, a interrogarla por medio de un farsante que «conversaba con los espíritus»… Definitivamente, Nap se estaba dando demasiada importancia a sí mismo.

Y, a fin de cuentas, ¿quién demonios creía Nap que era él?

Capítulo V

Efectivamente, la agente Baby pidió su cuenta del hotel apenas llegar a éste, encargando además un pasaje de avión que saldría de Benarés al día siguiente, a la una y veinte minutos de la tarde, con destino a El Cairo…

—Pero ¿se va ahora mismo? —se extrañó el conserje.

—No, no… Solamente quiero que me proporcionen el pasaje, y que sepan que marcharé mañana. Tengan la cuenta preparada.

—Muy bien…

Subió a su *suite*, cerró y se dirigió al dormitorio. No había olvidado la cita con Roger Smith… Es decir, con el hombre que, según Nap, se llamaba en realidad Yllya Somakyn, y era uno de los mejores agentes de la MVD en Asia… Evidentemente, Roger Smith, si era cierto que la había estado esperando a la salida del hotel, no pudo seguirla hasta la plaza del templo de Vishnú, y, mucho menos, luego hasta la choza donde Mohamat Panduj la había obsequiado con una sesión de poderes fundamentados en la religión yoga…

La espía internacional quedó pensativa, ante el armario, mirando sus vestidos de noche, pero sin verlos… Seguramente, Mohamat Panduj era un farsante, pero… ¿cómo había sabido todo aquello de ella? Incluso el nombre de su padre, Fritz Bierrenbach, el hombre que había sido el primer amor de Giselle Montfort, la espía de París que estuvo luchando hasta su muerte contra los alemanes, a su modo. Había sabido también el nombre del simpático perrillo chihuahua, Cicero. Y el de Peggy… Pero lo más asombroso era que hubiese dicho que Número Uno había estado en aquel preciso momento en su apartamento, preguntando por ella, y que había dejado un ramo de flores… Con un poco de buena información, se podían saber muchas cosas sobre Brigitte Montfort. Pero era realmente difícil que Mohamat Panduj, e incluso Nap, con toda su eficacia, hubiesen podido saber algo sobre Número Uno, el mejor

espía de Europa, el hombre que jamás había sido descubierto, pero sí traicionado una vez por la propia CIA, para la cual había estado trabajando lealmente…

Era extraño. Y, más que extraño, extraordinario.

«Paparruchas… —pensó Brigitte—. Eso es: paparruchas. Lo que ocurre es que Nap debe de tener una gran información sobre mí…».

Pero de nuevo la asaltaron las dudas. Nadie podía tener tanta información sobre ella.

Encogió los hombros y dedicó de nuevo su atención a los vestidos. Eligió uno, lo dejó sobre la cama acompañado de la adecuada ropa interior, y se quitó el que había llevado aquella tarde. Todavía tenía impregnado un poco de aquel olor desagradable que había notado en la choza de Mohamat Panduj. Y ahora sí arrugó Baby la naricita. Acabó de desnudarse, entró en el cuarto de baño y, tras colocarse bajo la ducha dentro de la bañera, abrió el paso del agua. Lanzó un gritito cuando la frialdad del líquido elemento se extendió por su cuerpo, pero aguantó alegremente, friccionándose con su más oloroso gel líquido. Ya libre del desagradable olor, se desprendió de la espuma con una prolongada ducha de agua clara, que ya no parecía tan fría. Salió de la bañera, se envolvió en la gran toalla y salió al dormitorio, restregándose fuertemente para secarse.

Había terminado de hacerlo cuando sonó el timbre de la puerta.

Brigitte se enderezó vivamente y volvió la cabeza. Recogió la pistolita y la pegó a toda prisa a su muslo izquierdo, como siempre… Luego, envuelta en la gran toalla, fue a la primera cámara. Se colocó junto a la puerta.

—¿Quién es?

—Abra —susurró una voz—. Es importante.

—¿Quién es usted?

—Abra. Es un recado del agente de Pekín.

Brigitte frunció el ceño. Escondió la mano derecha bajo la toalla, simulando que la sujetaba para mantenerla cerrada sobre su pecho, y abrió con la izquierda, apenas un par de pulgadas. Vio el rostro de un hombre hindú, plantado ante la puerta; los negros ojos se fijaron en ella, sonrientes.

—¿Podemos entrar?

Había otro hombre junto al primero. Ambos hindúes, vestidos a

la europea, con trajes blancos, bastante bien cortados… Los fue viendo a medida que abría la puerta. Ellos no se movieron hasta que Brigitte asintió con la cabeza y se apartó. Los dejó entrar, cerró siempre sin perderlos de vista y se quedó a la expectativa.

—¿Y bien?

—¿Sabe de quién le estamos hablando? Me refiero al agente de Pekín…

—¿Qué es lo que quieren?

—El microfilme.

Y, diciendo esto, el hindú que había hablado sacó un cuchillo del interior de la blanca chaqueta, adelantando hacia Brigitte y apoyando la aguda punta en la garganta, sujetando con la otra mano la toalla, por el hombro de la espía.

Brigitte quedó silenciosa, sin que, al parecer, se hubiera alterado demasiado. Miró al hombre que la estaba amenazando, al otro, de nuevo al primero…

—Espero que nos haya entendido —musitó éste—. Nuestro inglés es muy bueno, señorita Montfort.

—Pero no sé de qué están hablando…

—¿No sabe quién es el agente de Pekín?

—No.

—Mátala —dijo el hindú que hasta entonces no había dicho nada—. Nosotros encontraremos el microfilme.

—Ella nos lo dará. Será mucho menos molesto para todos… ¿Dónde lo tiene, señorita Montfort?

—No tengo ningún microfilme.

—Vamos, vamos, sea razonable… Usted ha pedido la cuenta del hotel, ha encargado un pasaje de avión… Eso quiere decir que piensa marcharse. Hacia El Cairo, de momento, pero suponemos que su destino está un poco más allá, cruzado el Atlántico. Y si piensa marcharse es que el agente de Pekín le ha entregado ya el microfilme.

—Les aseguro que no tengo ningún microfilme.

—Es usted muy serena y muy valiente… Y muy embustera. Pero de nada va a servirle… ¿Tampoco conocía a dos hindúes llamados Mohamat Panduj y Tarab? Los fue usted a ver a la plaza del templo de Vishnú, estuvo presenciando allí la sesión de Mohamat Panduj…, y luego se fue tras él, guiada por el muchacho. Estuvo allá un rato,

salió y regresó al hotel… Al llegar al hotel, ha pedido la cuenta y un pasaje de avión. Eso quiere decir que ya tiene usted lo que ha venido a buscar a Benarés… Y, por tanto, se va. Pero si no nos entrega el microfilme, se va a quedar para siempre en Benarés.

—¿Han estado ustedes en la choza de Mohamat Panduj?

—Unos amigos han estado allí. Nosotros dos nos hemos dedicado a seguirla, a vigilarla… Teníamos que mantenernos alejados de usted, vigilarla solamente. Pero, claro, al pedir usted la cuenta y un pasaje de avión, la cosa está clara: tiene ya el microfilme y pretende regresar a Estados Unidos llevándoselo… ¿Es así?

—No.

—Mire, señorita Montfort…

—No tengo el microfilme.

—La voy a matar si no me lo entrega antes de quince segundos. Ése es el tiempo que le queda de vida. Brigitte se quedó mirando los ojos del hindú que mantenía el cuchillo apoyado por la punta en su garganta. Y supo que si pasados aquellos quince segundos no encontraba una solución, aquel hombre la iba a degollar.

—Bien… —sonrió—. Parece que el señor Smith no perdió mi pista, después de todo.

—¿El señor Smith?

—Oh, bueno, quiero decir Yllya Somakyn… No sólo son listos los de la MVD, señores. Por cierto: ¿por qué no ha venido el propio señor Smith a pedirme el microfilme?

El ceño del hindú se frunció.

—Está muy ocupado… ¿Admite tener el microfilme?

—Desde luego.

—¿Nos lo va a entregar?

—Sólo si aparta el cuchillo de mi cuello, señor…

El hindú bajó el cuchillo, pero no se apartó más de medio paso.

—¿Dónde lo tiene?

—En el dormitorio. Me estaba duchando… ¿Les importaría esperar a que me vista? Sólo llevo la toalla, y me siento un poco… incómoda, comprendan…

—Denos el microfilme ahora mismo. Y no se preocupe por detalles de esa clase. Cuando nos vayamos, usted no se lamentará de nada.

—¿Porque estaré muerta? —musitó Brigitte.

—Quizás. El agente de Pekín es demasiado escurridizo para nosotros, de modo que quizá decidamos desquitarnos de alguna manera. Lo hemos tenido al alcance de nuestras manos en varias ocasiones, aquí, en Benarés. Pero desaparece como humo. Y como no creo que usted pueda hacer lo mismo…

—Pagaré el resentimiento que sienten hacia el agente de Pekín… ¿No es eso, señores?

—Otros han pagado ya por el agente de Pekín. ¿Por qué no ha de pagar usted también? Y ya no hablemos más, señorita Montfort. Entréguenos el microfilme y acabemos pronto; será mejor para todos. Vamos al dormitorio.

Señaló hacia allá con el cuchillo, que no se apartaba demasiado de la garganta de la espía, la cual caminó hacia el dormitorio, seguida por los dos hombres.

Ya dentro, Brigitte señaló hacia el armario.

—Está ahí, en un maletín rojo con florecillas azules. Se lo traeré…

—Ya hizo todo lo que necesitábamos. Ahora…

La mano izquierda del hindú cayó sobre su hombro con fuerza y dio un tirón hacia él, al mismo tiempo que la mano derecha iba con fuerza hacia delante, a la altura da los riñones de la espía internacional. La cosa debió de haber sido fácil: atraer a la espía al mismo tiempo que la otra mano, yendo hacia delante, clavaba con terrible fuerza el cuchillo en la espalda femenina.

Un golpe mortal… si hubiese llegado a su destino.

Pero el hindú ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse de que una muchachita de tan frágil y encantador aspecto pudiese soltarse de su ruda presa en el hombro con tanta facilidad, dejando en su mano la toalla, simplemente, mientras la derecha daba el golpe en el vacío, ya que Baby se alejó de allí de un salto, volviéndose al mismo tiempo que alzaba su pistolita, que había tenido bien sujeta esperando el momento propicio para usarla.

Y la usó.

Se oyó un suavísimo «plop», y el hindú, todavía perdido el equilibrio, recibió la balita entre las cejas, cayendo muerto con el mismo impulso de su perdido equilibrio.

Y Brigitte también hubiese caído muerta, con un cuchillo

clavado en el pecho, si no se hubiese dejado caer de rodillas inmediatamente, esquivando así el cuchillo del otro hindú, que fue a clavarse en el armario, con seco golpe, tras pasar silabando por encima de la espía.

—¡No se mueva! —amenazó Brigitte con la pistolita.

El hindú tenía sus propias ideas al respecto. Tras lanzar el cuchillo y comprender el fallo, saltó inmediatamente hacia Brigitte, todavía la amenaza de ésta vibrando en el aire. Fue una acción tan rápida, tan suicida, que esta vez sí sorprendió el hindú a la espía internacional, cayendo sobre ella justo cuando apretaba por segunda vez el gatillo de su pistolita. Pero el golpe del cuerpo del hindú desvió el arma, y la bala fue esta vez al techo… Enseguida, un manotazo del hindú arrancó la pistola de la mano femenina, mientras la otra mano se clavaba en la fina garganta, apretando contra el suelo con una fuerza brutal. Tan brutal, que habrían bastado unos pocos segundos para estrangular a Baby si ésta, de un hábil golpe con el codo dado en el codo del hindú, no hubiese conseguido doblar el brazo de éste, con lo que el peso del hombre cayó sobre ella, aplastándola.

Mas Brigitte Montfort había salido de apuros mucho mayores. De modo que cuando el hindú caía sobre ella, ya había colocado su mano derecha entre ambos, con la palma hacia arriba. Los finos dedos se hundieron frenéticamente bajo las costillas flotantes del hombre, y dieron un tirón hacia afuera, en una presa poco peligrosa pero dolorosísima… Tanto, que el hindú lanzó un grito de dolor, se desconcertó, se relajó, una violenta contorsión de Brigitte lo echó hacia un lado, y la espía se puso en pie de un salto, buscando la pistola con ojos desorbitados, asustados…

Estaba precisamente detrás del hindú, hacia el rincón del dormitorio cercano a la puerta que daba a la primera cámara. El hindú la veía también en aquel momento, de rodillas en el suelo, y saltaba hacia el arma, al mismo tiempo que Brigitte lo hacía en dirección al armario y saltaba hacia el arma, al mismo tiempo que Brigitte lo hacía en dirección al armario.

El hindú cogió la pistola, se volvió, oyó el silbido, el timbre del teléfono… Y nada más, porque su propio cuchillo, que antes había lanzado contra Brigitte, se clavó sobre su corazón, con un golpe sordo, escalofriante, de carne rasgada… Sus ojos giraron

velozmente en las órbitas, su boca se abrió…

Y de pronto cayó de bruces, clavándose aún más el arma en el pecho, soltando la pistola… A todo esto, el timbre del teléfono seguía sonando.

Brigitte suspiró profundamente, fue hacia allí, descolgó el auricular con mano todavía temblorosa, se aclaró la voz lo mejor que pudo y contestó a la llamada:

—¿Diga?

—¿Todo ha ido bien? —Oyó.

—¿Cómo?

—Me refiero a los dos hombres… ¿Qué ha ocurrido?

—¿Es usted Nap?

—Claro. ¿Ha podido librarse de ellos?

—Oh, sí… No se moleste en ayudarme, querido… Siga bien escondidito, haciéndose humo cada vez que algo no va bien. ¿Está enterado de que me voy mañana al mediodía de Benarés?

—Salga del hotel dentro de diez minutos. Me dejaré ver por usted. Entonces, sígame de lejos. Y no se preocupe por esos dos hombres.

—Oh, no tema, no lo importunaré con mi… Clic.

Brigitte se quedó mirando el auricular, cada vez más irritada con el agente de Pekín. De acuerdo; lo iba a seguir; por última vez obedecería sus indicaciones. Colgó, empezó a vestirse rápidamente y, mientras tanto, se dedicó a pensar en aquella peligrosa visita que había tenido… ¿Podría darle Nap alguna solución respecto a los cadáveres?

Capítulo VI

Lo vio enseguida, cuando salió a la calle. Había otros mendigos osados que se atrevían a pulular por el centro de Benarés, pero una espía tiene que saber diferenciar siempre una banana de otra, por difícil que parezca. Y así, distinguir al mendigo que la había advertido horas antes de que Yllya Somakyn la estaba vigilando, no fue demasiado difícil para Brigitte Montfort.

El portero del Bengala Hotel se apresuró, obsequioso, a ofrecerse para buscarle un coche de alquiler, pero Baby negó, sonriendo. Y para no disgustarlo le dio cinco dólares de propina, en auténtica moneda norteamericana.

Luego echó a andar, despacio, fijos los ojos en el escurridizo Nap, oculto bajo los harapos de un mendigo…, de uno de tantos mendigos. Sin duda, Nap también tenía un gran poder de percepción: captó que Brigitte estaba lista para seguirlo, y empezó a caminar, alejándose de allí, cojeando lastimosamente, encorvado… Baby lo estuvo siguiendo durante más de media hora. Al principio, sonriendo, porque veía en aquel mendigo renqueante a un astuto espía que anteponía su seguridad a cualquier otra cosa en el mundo. Luego, poco a poco, frunciendo el ceño, porque Nap se iba alejando más y más del centro de la ciudad, buscando lugares apartados y oscuros… Todavía tardó Brigitte otros diez minutos en comprender que la dirección que seguían podía muy bien llevarles precisamente a la choza donde había tenido lugar la curiosa entrevista entre ella, Mohamat Panduj y el muchacho de los grandes ojos negros llamado Tarab.

Sin embargo, no llegaron hasta allí. Poco antes, el mendigo se desvió, directamente hacia el río. Y Baby Montfort, que de nuevo había recurrido a su manto azul, se esforzaba en no perderlo de vista…, cosa en verdad difícil incluso para ella, que tenía no poca experiencia en casos semejantes. Además, había que tener en cuenta

que Nap quería que ella fuese tras él… Indudablemente, de un modo definitivo, Nap era la clase de hombre que puede escaparse del más cerrado cerco. A esta conclusión llegó Brigitte cuando estaba ya muy cerca de la orilla del Ganges… y había dejado de ver al mendigo por completo. Si Nap conseguía eso con una persona experimentada y con la cual quería entrevistarse…, ¿qué no conseguiría cuando él no quisiera ser seguido…?

—Por aquí, agente Baby.

La voz la sobresaltó, a pesar de reconocerla inmediatamente como perteneciente a Nap. Era una voz inconfundible: muy clara, como si el espía de Pekín realizase el mayor esfuerzo para que no cupiesen dudas respecto a lo que decía. Una voz clara, pero forzada, tensa…

—¿Dónde está usted? —musitó Brigitte.

—Siga adelante… Eso es… Cuidado, hay barro por aquí… Hacia la derecha… Exacto… Pase al otro lado de los árboles… Ahora.

Brigitte se encontró en un lugar oscuro, rodeada de árboles. Por delante de ella, la brillante corriente de las sucias aguas del Ganges, con un rumor sordo, opresivo, casi tétrico. Había luna, pero su luz apenas dejaba ver un simple resplandor en aquel lugar cerrado entre árboles…

Y delante de ella la silueta del mendigo, que ahora no aparecía encorvada, sino erguida, alta, fuerte…

—Es usted una agente de gran eficacia, Baby —oyó de nuevo la voz—. No es fácil vencer a dos hombres como los que subieron a visitarla.

—Habría sido más fácil si usted me hubiese llamado por teléfono antes, advirtiéndome su llegada, en lugar de llamarme después para saber si todo había ido bien.

—Usted tiene razón al censurarme eso. Pero no pude hacerlo.

—¿No? Bien… Pudo subir a ayudarme personalmente, ¿no le parece, Nap?

—No es fácil entrar en un hotel.

—¿Es una broma? —sonrió fríamente Brigitte.

—¿Broma? Nunca gasto bromas. Y menos cuando la vida de un compañero de la CIA depende de ellas.

—Señor Nap…, o sea, «nuestro agente de Pekín», ¿realmente está usted trabajando en beneficio de la CIA norteamericana?

Porque le aseguro que tengo dudas sobre eso. Y haga el favor de salir de ahí de una maldita vez… Me gusta ver la cara de las personas con las que estoy hablando.

—Lo lamento, pero tendrá que privarse de eso en esta ocasión. Los dos estamos bien así. Usted ahí, tranquila. Yo aquí, convenientemente oculto de sus miradas… Aunque supongo que distingue usted mi presencia.

—Me gusta ver la cara de mis amigos… o de mis enemigos, Nap.

—La mía no podrá verla.

—¿Teme algo?

—En absoluto, Baby. Yo no temo a nada ni a nadie…

—Igual que yo, querido. Para inspirarme un miedo fuerte, sería necesario mucho más que un hombre envuelto en harapos. No niego que he sentido el miedo en muchas ocasiones… No hace mucho, por ejemplo: dos hombres dispuestos a maltratarme son motivo suficiente, ¿no cree? Pero es un miedo normal, un miedo lógico, pasajero, fugaz… El lógico miedo a la muerte que puede llegar a tener cualquier persona. Pero no es un miedo… aterrador, paralizante… ¿Por qué habría de tener miedo a nada?

—Muchas personas tienen miedo a nada. O quizás a algo intangible o invisible. Pero dejemos esta cuestión. Comprendo muy bien que un par de agentes de la CIA no son las personas más adecuadas para permitirse el lujo de tener miedo.

—¿Por qué se esconde tanto de mí? ¿Teme alguna indiscreción?

—Quizás.

—Señor Nap, durante algunos años he estado conociendo por todo el mundo docenas de agentes de la CIA. Ni uno solo de ellos se ha visto en apuros posteriormente debido a cualquier indiscreción mía. Si conociese bien mi historial, sabría que no hay nada más querido para mí que el hombre o los hombres que colaboran conmigo en un trabajo. Ni siquiera haciéndome pedazos conseguirían que yo traicionase a uno solo de mis compañeros. Por tanto, venga aquí, déjeme ver su cara y seamos amigos. Acabemos esto como amigos. No quisiera marcharme de Benarés con la idea de que Nap es un estúpido.

—Puede pensar de mí lo que quiera. Pero usted permanecerá ahí y yo aquí. O eso, o la entrevista ha terminado, Baby.

Brigitte suspiró, decepcionada, como aburrida.

—Está bien, Nap. Acabemos el asunto. Pero usted no me conoce lo bastante. Sepa que cuando haya cumplido mi misión, volveré a Asia. Le encontraré, no le quepa duda. Y sabré cómo y quién es usted. Ahora, como posiblemente la cosa es urgente y nosotros somos inteligentes y meticulosos en nuestros cometidos, dígame lo que tiene que decirme y nos separaremos. ¿Correcto?

—Correcto, Baby. ¿Fueron a pedirle un microfilme?

—¿Pedirme? Bueno, ésa no es la palabra exacta… Me pusieron un cuchillo en la garganta, querido; me golpearon, estuvieron a punto de estrangularme, me lanzaron un cuchillo, quisieron disparar contra mí con mi propia pistola… No fue divertido, se lo aseguro. Y ya que hablamos de esto: ¿qué hacemos con los dos cadáveres?

—Olvídelos. Unos amigos míos los deben de haber sacado ya del hotel, posiblemente. Dentro de poco, el Ganges se llevará a sus visitantes. Voy a entregarle un microfilme que usted…

—Espere. Nap, por el amor de Dios: usted es norteamericano, es una persona consciente e inteligente… Dígame qué es lo que está pasando.

—No hay tiempo. Limítese a aceptar el microfilme que voy a entregarle. Luego, regrese al hotel, haga su equipaje y salga hacia Estados Unidos en el primer avión. A Washington. Entregue el microfilme en la Central de la CIA, y allá obtendrá todas las explicaciones y consecuencias que corresponden al caso.

—¿Qué pasará con usted?

—No se preocupe por mí. El microfilme está…

—Nap, usted está en peligro… En grave peligro, lo sé. Ha sido localizado, identificado… En Benarés no podrá sobrevivir más de dos o tres días. Dígame cómo puedo ayudarle.

—Marchándose inmediatamente, lo más pronto posible, a Estados Unidos.

—Eso lo haré en cuanto me lo proponga. ¿Qué es lo que está ocurriendo, Nap? Permítame ayudarle.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, se oyó de nuevo la voz del agente de Pekín:

—¿Realmente quiere ayudarme?

—Siempre que puedo ayudo a mis compañeros. Usted, para mí, no es más que uno de esos muchachos que se juegan la vida

haciendo cosas que, en general, benefician al mundo… Primordialmente, a Estados Unidos, lo sé. Pero, en general, digo, usted, yo, otros como usted y como yo, o sea, los espías… humanos, luchamos más que por beneficio propio o de nuestro país, por el mantenimiento de la paz. Nap, ¿qué puedo hacer por usted?

—Usted habla de un modo… muy dulce, Baby. Resulta difícil creer que exista una mujer de su categoría.

—Bueno —sonrió Brigitte—, estoy aquí, eso es indudable. Por tanto, existo. ¿De qué se trata, Nap? Dígame lo que tengo que hacer, y le prometo ayudarle a usted, a Tarab, a Mohamat Panduj…, a salir de Benarés… De la India, si es preciso.

—Mohamat y Tarab jamás saldrán ya de la India, Baby. Brigitte se mordió los labios.

Estaba segura de comprender a la perfección el significado de las palabras de Nap, pero se resistió a dar por definitivo aquel significado.

—¿Qué quiere decir, Nap?

—Los han matado.

—¿A Mohamat Panduj? ¿Y… al niño llamado Tarab?

—Alos dos.

—Pero… ¿Han matado a un niño?

—Lo han clavado contra una pared de cañas, Baby. Con un cuchillo casi tan grande como él. Pude verlo antes de escapar.

—¡Antes de escapar…! —Casi gritó Brigitte—. ¿Qué quiere decir con eso, Nap? ¿Acaso estuvo usted allí?

—Así es. Fui a recoger el magnetófono en el cual quedó grabada su… conversación con Mohamat. Por medio de ella he sabido que usted es adicta y leal a la CIA Y por tanto…

—¡Deje eso! ¿Está diciéndome que vio cómo asesinaban a un viejo sin fuerzas y a un niño de grandes ojos inteligentes, Nap?

—Eso es lo que estoy diciéndole. Cuando usted se fue de la choza, yo me presenté allí. Mohamat Panduj y Tarab me informaron de lo que yo quería saber… Pero no pude poner en marcha el magnetófono, porque enseguida nos atacaron. Fueron tres hombres, Baby… Entraron de pronto en la choza, y uno de ellos degolló inmediatamente a Mohamat Panduj. Otro cogió a Tarab por el cuello, lo levantó y lo clavó con su cuchillo contra la pared, por el vientre. Creo que lo dejó allí… Todavía debe de estar allí…

—¿Qué hizo usted?

—Escapé por una de las ventanas de la choza. Todo fue demasiado rápido. Deduzco que la siguieron a usted algunos hombres… Tres de ellos fueron los que mataron a Mohamat y Tarab. Los otros dos la siguieron a usted hasta el hotel… Ésos deben de ser los que han querido matarla.

—Pe-pero… Pero… Pero ¡esto es algo increíble, Nap! Usted no ayudó a Tarab y Mohamat, dejó que sus asesinos escapasen… Se limitó a huir… Y luego, convencido de que otros dos hombres van a subir a matarme a mí, deja que todo siga su curso… Y ahora está aquí, conversando tranquilamente conmigo… ¡Usted es un cobarde miserable, Nap!

—Es posible. Escuche, Baby. Primero, envié a un amigo a su hotel, para que le pasase la primera nota por debajo de la puerta. Ese amigo fue localizado… Me habían estado siguiendo a mí, los despisté, y entonces se dedicaron a ese amigo… Por medio de él, al verlo entrar en el Bengala Hotel y pasar una nota por debajo de una puerta, la localizaron a usted… Entonces, enviaron los tres thugs a matarla… Querían dejarme solo en Benarés, acorralarme. A ese primer amigo lo mataron después de que les sirvió para localizarla a usted, es decir, a otro de los amigos del agente de Pekín. Usted, al salir del templo de Kali, consiguió librarse de los thugs… Pero, de todos modos, ya la tenían localizada. Por eso, cuando volvió a salir del hotel, la siguieron, la vieron entrar en contacto con Mohamat y Tarab, la siguieron…, y han matado a otros dos amigos míos. También han querido matarla a usted. Ya no más, Baby. No quiero que otros amigos míos mueran por ayudarme. Por eso, me arriesgué a utilizar un teléfono para decirle que saliera a la calle y me siguiera…

—¿Se arriesgó? —dijo acremente Brigitte—. Yo creo que debió subir a ayudarme, Nap, ya que sabía que dos de los cinco hombres que me habían seguido desde el templo de Vishnú subían a mi *suite*.

—Ya fue difícil conseguir telefonearla, Baby. Habría sido imposible entrar en su hotel. La primera nota se la envié por medio del primer amigo, que ya está muerto. La segunda, por medio de Tarab… Los dos han muerto… Ya no quise arriesgar a más amigos, y por eso me arriesgué yo a llamarla desde un teléfono. No podía entrar en el hotel, compréndalo.

—¿No podía? ¿Por qué? Si su primer amigo y el niño llamado Tarab pudieron hacerlo, usted pudo conseguirlo aún más fácilmente. Pero todo lo que sabe hacer es ir de un lado a otro, mostrando quiénes son sus amigos… para que los vayan matando. Por medio de usted, descubren a su primer amigo; usted escapa, pero él no. Luego, además de matar a su primer amigo, saben dónde estoy yo, o sea, su enlace de Estados Unidos… Por medio de mí, saben cómo encontrar a Mohamat Panduj y a Tarab… Los matan a ellos dos, están a punto de matarme a mí… Y usted dice que no podía arriesgarse a entrar en el hotel… ¡Y dice también que cuando entraron en la choza a matar a Mohamat y a Tarab, usted escapó por una ventana, a pesar de haber visto a Tarab clavado en una pared de cañas por un cuchillo…! Usted… usted está loco, Nap… Va dejando tras de sí un rastro de amigos y agentes de la CIA que son los que quedan en peligro mientras usted… se hace humo. O está loco, o es un traidor, o es el ser más cobarde que he conocido jamás. ¿Sabe lo que creo que deberíamos hacer los dos ahora, Nap?

«Nuestro agente de Pekín» tardó más de diez segundos en musitar, roncamente:

—¿Qué deberíamos hacer?

—Ir a buscar a Roger Smith… O a Yllya Somakyn, el hombre que según usted pertenece a la MVD. Y hacerle arrepentirse de sus asesinatos.

—No estoy seguro de que Yllya sea culpable de todo esto, Baby.

—¿Cómo dice…? No comprendo, Nap… ¿Está sugiriendo que no ha sido Yllya Somakyn quien ha organizado esta ofensiva contra nosotros y contra sus amigos personales?

—No estoy seguro de que haya sido él. En realidad… En realidad, creo que no ha sido él.

—¿Quién ha sido, entonces? ¿Quién mató a su primer amigo, quién ordenó a los thugs que me asesinaran a mí, quién ha matado a Mohamat Panduj y a Tarab, quién ha ordenado a dos hombres que me mataran después de quitarme un microfilme que desconozco…? ¿Quién, Nap?

—Creo que se llama Andrio Padjan.

—¿Andrio Padjan? ¿Es hindú?

—Sí…

—¿Quién es él, dónde vive, a qué se dedica, qué significa en

todo este asunto…?

—Está trabajando para el espionaje chino.

Brigitte pareció recibir un seco golpe en el pecho. Dio un paso hacia atrás y se quedó mirando aquel montón de harapos incrédulamente, esforzándose en ver siquiera el brillo de los ojos de Nap…, pero sin conseguirlo.

—Para el espionaje chino… No comprendo, Nap. ¿Qué tiene que ver el espionaje chino en todo esto? Espere… Espionaje chino… La MVD… ¿En qué lío está metido usted, Nap?

—Veo que va comprendiendo, Baby.

—No tanto como quisiera. ¿Qué es lo que ocurre?

—Se lo explicaré en pocas palabras… Hace algunos días, en Pekín, un hombre chino al que yo tenía vigilado partió hacia la frontera de Siberia. Lo seguí. En la frontera de Siberia, en determinado lugar, se puso en contacto con otro chino, que le entregó un microfilme… Lo sé muy bien, porque yo maté a los dos y me quedé con el microfilme…

—¿Es el microfilme que vinieron a exigirme?

—Sí.

—¿Qué contiene?

—Espere… Yo maté al chino de la frontera siberiana y al que había salido de Pekín. Y escapé con el microfilme…, pero seguido muy de cerca por agentes de la MVD, que, precisamente, estaban vigilando al chino que apareció en la frontera de Siberia para entrevistarse con el que yo había seguido desde Pekín… ¿Lo va entendiendo?

—Naturalmente.

—Bien… Cuando yo hube matado a los dos chinos, regresé a toda prisa hacia Pekín… Un viaje largo, pesado, peligroso… Imagínese… Al llegar a Pekín, comprendí que tanto el espionaje chino como la MVD estaban detrás de mí. Los primeros, porque querían el microfilme que su agente había conseguido en la frontera chino-siberiana; los de la MVD porque, lógicamente, también querían aquel microfilme, el cual, sin duda, contenía información valiosa para los chinos, y, por tanto, querían recuperarlo. Ahora, piense esto: un agente como yo, acorralado en Pekín, con un microfilme que interesa tanto a los chinos como a los rusos… Hice lo único que me pareció prudente: llamar por mi radio de largo

alcance, solicitando un agente en Benarés, a fin de entregarle el microfilme. Y me vine hacia Benarés. Por si le interesa saberlo, no ha sido fácil llegar hasta aquí, agente Baby. Tenga en cuenta que llevo tras mis talones a la MVD…

—Y al espionaje chino, claro.

—No creo… Fueron menos listos. Pero la MVD tiene muy buenos ojos y oídos cubriendo toda Asia. Saben que el agente de Pekín que trabaja para la CIA está ahora en Benarés.

—¿Los chinos no lo saben?

—También. Pero son más… cautos. No quieren roces. A toda costa quieren mantener, por el momento, buenas relaciones de vecindad… dentro de lo posible, claro. Por tanto, han movilizado a sus agentes de la India, de los cuales, si no estoy equivocado, Andrio Padjan es el jefe absoluto… Eso lo supe ya en la frontera chino-siberiana.

—Creo que voy entendiéndolo todo, Nap. Usted consigue el microfilme matando a dos chinos, se entera de la personalidad de Andrio Padjan, y se viene a Benarés, que es donde Andrio Padjan tiene su residencia… Y aunque sabe que le persigue la MVD y posiblemente el Servicio Secreto chino, se viene aquí, citando aquí a un agente de primera categoría de la CIApara que se haga cargo del microfilme.

—Exacto.

—Muy bien. Ahora, supongamos que yo me hago cargo del microfilme y regreso a Estados Unidos.

¿Qué ocurrirá?

—No lo sé.

—¿No? Bueno…, queda planteado un problema, Nap. Usted está en Benarés, rodeado de agentes de la MVD que quieren el microfilme y de agentes hindúes que trabajan para China y que también quieren el microfilme. Si yo me voy con el microfilme, usted quedará prácticamente solo en Benarés. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Perfectamente. Y eso es lo que quería, precisamente. Cuando el microfilme esté ya camino de Washington, las cosas van a cambiar. Para eso vine a Benarés.

—Creí que había venido a Benarés porque aquí no correríamos peligro ni usted ni yo, Nap.

—Usted ya ha corrido el suyo. Cuando se vaya, yo haré lo que vine a hacer en Benarés. No la cité porque aquí no hubiese peligro, sino por todo lo contrario. En primer lugar, quería entregarle a un agente de la CIA el microfilme. Cuando ese agente esté camino de regreso a Estados Unidos, yo atacaré a Andrio Padjan, lo destruiré. No me gustan los hindúes que están trabajando para el espionaje chino. Y, por si no lo sabe, Andrio Padjan es el jefe de la organización de espionaje pro-china en la India.

—¿Y usted quiere matarlo?

—Lo haré en cuanto usted esté a salvo, camino de Washington.

—¿Qué me dice de la MVD?

—Eso es otra cosa. Por poco que pueda, me limitaré a esquivarlos, a evitarlos. Comprendo muy bien que los rusos trabajen para los rusos; es lógico. Pero no me gustan los hindúes que están trabajando para el espionaje chino. Usted me entiende, sin duda.

—Sin duda —musitó Brigitte—. Es decir, que usted, además de esquivar a la MVD en Benarés, y de entregarme a mí el microfilme que la MVD, los chinos y los espías hindúes pro-China quieren, piensa liquidar a Andrio Padjan, que es, según usted dice, el jefe del espionaje a favor de China en toda la India.

—Exactos todos los puntos.

—Usted está loco —suspiró Brigitte—. ¿Quiere hacer todo eso usted solo, Nap?

—Lo intentaré.

—Pero… es absurdo. Ya tiene el microfilme, ¿no? ¡Pues entréguemelo, yo lo llevo a Washington, y usted regresa a Pekín, o a donde quiera! ¿Por qué arriesgarse? Entregándome ese microfilme usted ya cumple una labor muy meritoria, Nap.

—Lo sé. Pero quiero que mi última misión sea mucho más sonada. Quiero que en la CIA recuerden siempre a Nap.

—¿Su última misión? ¿Piensa retirarse después de esto?

—Sí…

—Comprendo.

—No… Usted no comprende nada, Baby… Absolutamente nada.

—Bueno… Cuando un espía se retira, Nap, es fácil comprender sus motivos…

—No los míos.

—Si me los explicase…

—No tengo por qué explicarle nada a usted, Baby.

—Ya vuelve a ser estúpido y engreído, Nap —refunfuñó Brigitte —. ¿Qué es lo que usted piensa de sí mismo? ¿Quizá cree que es único, el mejor de todos, el más listo y valiente, el que más vale de toda la CIA?

—Nuestra conversación ha terminado, Baby.

He sido demasiado explícito con usted…, demasiado benévolo, en realidad. Supongo que la admiro un poco, y que eso me ha obligado a hablar más de lo que quería.

—Lo que ocurre es que usted quiere que en la CIA sepan cómo y quién va a liquidar a Andrio Padjan y sus trabajos en favor del espionaje chino.

—Quizá. Puede que usted lo comunique así a la CIA. Puede que no lo haga. Pero yo lo voy a hacer. Y solo, además. Ahora, vamos a concretarnos al microfilme, que usted debe llevar, por encima de cualquier otro cometido o deseo, a Washington. Creo que está bien claro.

—Está bien claro, orgulloso Nap. ¿Puedo saber qué es lo que contiene ese microfilme?

—Desde luego. Contiene, ni más ni menos, que la situación de las tropas rusas en toda la frontera chino-siberiana. Hay más de treinta divisiones soviéticas en toda la frontera… Usted ya sabe lo que está ocurriendo estos días. Los chinos quieren ciertas zonas de la Siberia, las reclaman… Casi un millón de millas cuadradas. La reclamación está oficialmente en Moscú. Mientras tanto, tropas chinas, así como miles de campesinos chinos, están rondando esas fronteras… Algunos campesinos chinos están entrando en Siberia, respaldados por sus tropas. A su vez, las tropas rusas permanecen a la expectativa en cinco mil millas de frontera. Pues bien: el microfilme que voy a entregarle contiene las posiciones de esas treinta divisiones rusas, así como la futura táctica para rechazar la posible invasión china hacia Siberia. El espionaje chino pagaría decenas de millones por este microfilme. A su vez, los rusos harían cualquier cosa por recuperarlo, ya que eso significaría que sus planes tácticos a lo largo de la frontera chino-siberiana no tendrían que alterarse. Si esos planes no se alteran, todo irá bien, porque, tal como están las cosas, China jamás podrá invadir Siberia. Pero si los rusos tuvieran que alterar esos planes tácticos, todo quedaría…

desequilibrado, y China podría intentar una penetración. Eso, si lo miramos con un cierto pesimismo, podría significar la…

—La Tercera Guerra Mundial —musitó Brigitte.

—Con todas sus consecuencias —admitió sombríamente Nap.

—Santo Dios… Nap, ¿se da cuenta? ¡Entre usted y yo podemos evitar esa Tercera Guerra…!

—Así es. Sólo hay que conseguir que ese microfilme llegue a Washington sin que haya pasado por manos de los chinos o de agentes que trabajen para ellos. Usted, lleve el microfilme a Estados Unidos. Yo, haré lo posible por liquidar a quienes más cerca están del microfilme.

—De acuerdo… Completamente de acuerdo, Nap. Por mi parte, le aseguro que nadie conseguirá ese microfilme. Sin embargo…

—¿Qué?

—Convendría avisar a los rusos de que el microfilme no está en poder de los chinos. Eso mantendría las cosas en un estado estacionario. En cambio, si los rusos sospechan que China tiene el microfilme con esos planes de vigilancia y tácticos futuros, quizá cambien sus dispositivos militares. Y si hacen eso, quizá China proceda a la invasión de los territorios de Siberia que reclama…

—Bien… No sé… Quizá sí convendría decirles a los rusos que el microfilme ha pasado, simplemente, a poder de la CIA, y no del espionaje chino.

—Yo me encargaré de eso… tras asegurarme que el microfilme no podrán quitármelo.

—¿Avisará usted a Rusia, a la MVD?

—¿Por qué no? —sonrió Brigitte—. Ya encontraré el medio, puede estar seguro.

—Supongo que antes lo consultará con la CIA.

—¿Cree que debo hacerlo?

—Naturalmente. Usted y yo estamos trabajando para la CIA, ¿no?

—Claro —musitó Brigitte—. Claro, Nap; estamos trabajando para la CIA¿Me entrega el microfilme?

—¿Lleva encendedor, o cerillas?

—Encendedor.

—Cinco pasos delante de usted verá un montón de papeles viejos. Préndales fuego. Cuando sólo queden cenizas, revuélvalas.

Encontrará el microfilme entre ellas, contenido en una cápsula de plástico no inflamable, del tamaño algo mayor que un grano de arroz. Es roja, creo que podrá verla fácilmente. A partir de ese momento, sólo tiene que volar hacia Estados Unidos del modo más rápido posible. Y consulte eso de avisar a la MVD.

—Bien. ¿Qué me dice de usted, Nap?

—¿De mí?

—Claro… ¿No puedo verlo?

—¡No!

—No sea absurdo. Puede confiar plenamente en mí, Nap.

—Estoy convencido de ello. Pero no siento interés en intimar, ni en que nos conozcamos mejor en ningún sentido. Tenemos un trabajo común; usted parece capaz de cumplir su parte… Cúmplala, y eso es todo.

—Otra vez vuelve a ser estúpido —susurró Brigitte.

—Lo lamento. Ah, le devuelvo el magnetófono en el cual se grabó su conversación con Mohamat Panduj. Su historia personal y profesional es muy interesante, pero creo que sería mejor que aprovechase el fuego para quemar la cinta. Encienda el fuego y retírese… Yo mismo la echaré al fuego.

Brigitte adelantó un par de pasos, encendió su encendedor, y a la luz de la pequeña llama vio el montón de papeles. Al mismo tiempo, oía algo que se deslizaba por el suelo. Se inclinó y vio el pequeño magnetófono, sin la cinta grabadora.

Oyó la voz de Nap:

—Encienda los papeles y retírese unos pasos.

Obedeció, un tanto irritada. Cuando apenas salían unas pequeñas llamas de los papeles, la sombra andrajosa del mendigo apareció un instante junto al fuego, y la cinta cayó sobre las llamas Inmediatamente, Nap regresó a las sombras, apenas visto por Brigitte. Las llamas fueron creciendo rápidamente, consumiéndolo todo. Cuando terminaron, la espía se acercó, revolvió las cenizas y, enseguida, ahora a la luz del encendedor, vio la pequeña cápsula roja de plástico. La colocó en la palma de su mano izquierda, notando el fuerte calor y resistiéndolo impávida.

—Nap —musitó—, ¿es cierto que Mohamat Panduj pudo saber todo lo referente a mí por medio de comunicaciones de algunos espíritus? Es un viejo truco que nunca me ha convencido… ¿Por

qué no me dice la verdad?

Nadie respondió. Brigitte apagó el encendedor, se puso en pie y miró a su alrededor: sombras y oscuridad; algo más lejos, el rumor del Ganges, un cierto olor penetrante, espeso, desagradable…

El brillo de la luna…

—Nap, ¿está ahí? Silencio.

—¿Se ha marchado, Nap? De nuevo el silencio.

Nuevamente irritada con el exótico y desconcertante agente secreto, Baby, la mejor espía femenino del mundo, decidió que todo había terminado. Al diablo Nap y sus proyectos. Ella sólo tenía que hacer dos cosas: entregar el microfilme en Washington y avisar a la MVD rusa, a fin de evitar una posible y definitivamente catastrófica Tercera Guerra Mundial.

La entrevista con «nuestro agente de Pekín» había terminado.

Capítulo VII

Se detuvo delante del hotel Ganges, en el cual le había dicho Roger Smith que estaba alojado. Posiblemente, el falso agente del MI5 ya no la estaba esperando, puesto que había pasado de sobra la hora de una cena normal. Sin embargo, ella tenía dos puntos que aclarar con Roger Smith, o Yllya Somakyn. Uno, saber si había sido él quien había ordenado matar a Mohamat Panduj y al muchacho llamado Tarab, y, como consecuencia, era también quien había enviado dos hombres a matarla a ella.

Dos, saber si en verdad Roger Smith era ruso, perteneciente a la MVD y, por tanto, estaba capacitado para hacer llegar a Moscú el mensaje relacionado con el microfilme, aclarando que los chinos no habían conseguido apoderarse de él. Esto último era muy importante, ya que, por lo menos en teoría, era la única forma de evitar la temida Tercera Guerra Mundial…

En la conserjería del hotel Ganges, mucho menos lujoso y europeizado que el Bengala, había un hindú de rudos modales, que miró casi con animosidad a la hermosa norteamericana. Movió negativamente la cabeza a su pregunta: no, el señor Smith no había abandonado el hotel, según parecía; no le había visto salir, y no estaba la llave en su compartimiento de correspondencia. Por tanto, debía de estar en su habitación. Naturalmente: la mensahib podía subir… Habitación A9… ¿Quería que le avisasen por el teléfono?

—No, gracias —sonrió secamente Brigitte—. Ya se han molestado demasiado.

El hindú había pretendido ser amable al final, pero ya Brigitte lo había catalogado entre las personas «poco gratas».

Se dirigió a la escalera, subió hasta la habitación A9, y se detuvo delante de la puerta. Estaba cerrada. Llamó por tres veces, sin obtener respuesta. Lo cual, ciertamente, teniendo en cuenta que nadie había visto salir al señor Smith, era sorprendente… y algo

inquietante.

Brigitte sacó su ganzúa del zapato, se pasó el paquete que contenía las sandalias y el mantón hindú a la mano izquierda, y empezó a hurgar en la cerradura. Ni siquiera medio minuto le costó abrir la puerta.

La empujó lentamente. Dentro no había ninguna luz, y todo estaba en el más completo silencio.

—Smith —musitó la espía—. Roger Smith…

La oscuridad era total. Parte de la luz del pasillo penetraba en la habitación, pero tan oblicuamente que no permitía ver nada. Baby sacó entonces su pequeña linterna del bolsito, la apuntó al interior de la habitación, y lanzó el fino rayo de luz. Enseguida vio el primer cadáver. Primero, los dos pies. Luego, las piernas, el cuerpo, la cabeza… Y la garganta, sobre todo. Alrededor de ésta, aquel hombre tenía una cinta de seda tan apretada que se había hincado en la carne… Un poco más allá había otro hombre, también blanco, con los ojos igualmente desorbitados, la lengua afuera, hinchada, negruzca, en una mueca horrible de espanto, de terror sin límites…

Brigitte se mordió los labios. Vaciló un par de segundos, pero al fin entró en la habitación de una sola pieza. Cerró la puerta tras de sí, con un pie, sin dejar de apuntar con la luz a los dos cadáveres, alternativamente. Luego, dirigió la luz hacia el frente, hacia las paredes… Se acercó a los dos hombres estrangulados y miró más atentamente sus rostros… No los conocía, estaba segura… Ninguno de ellos era Roger Smith, o Yllya Somakyn…

Y mientras pensaba esto, se daba cuenta de que hacía algunos segundos que estaba oliendo algo desagradable… Algo que ya había olido antes, y que llevaba a su mente aquella sensación enervante de horror… Lo comprendió de pronto, como un fogonazo que iluminase su cabeza por dentro: ¡era el olor del aceite espeso y pringoso con que los thugs untaban su cuerpo cuando se disponían a atacar, a fin de no poder ser apresados, a fin de que sus cuerpos resbalasen de cualquier presa manual…!

Como en una pesadilla, le pareció ver de pronto, ante ella, un par de ojos relucientes, como verdes y rojos, bordeados de un blanco amarillento estriado en rojo…

Quiso bajar la mano derecha hacia su muslo izquierdo, instintivamente, en busca de la pistolita. Pero ya era demasiado

tarde. Algo pasó por delante de su rostro, brevemente iluminado por la luz indirecta de la pequeñísima linterna especial. Inmediatamente, la fina cinta de seda se clavó en su garganta, notó el violento tirón, el zumbido en las sienes, el vértigo, las náuseas…

Y luego, de pronto, una piadosa oscuridad total.

* * *

La primera sensación que tuvo fue de náuseas. Luego, cuando abrió los ojos, incluso la luz de la luna le molestó. Cerró de nuevo los ojos, y estuvo así unos segundos, hasta que las náuseas cedieron y se sintió con fuerzas para hacer frente a la luz lunar. Entonces, volvió a abrir los ojos…

Alzó la cabeza y vio el ventanuco, con rejas deformes…

—Son de troncos —dijo una voz conocida—. No sé qué clase de troncos, pero son fortísimos. Tan eficaces como si fuesen de hierro… o de acero.

Estaba tendida de lado en el suelo. Un suelo húmedo, maloliente, blanduzco, como de barro… Se sentó y se llevó las manos al cuello. Al parecer, no la habían estrangulado; se habían limitado a dejarla sin conocimiento con un solo tirón en verdad experto.

—¿Es usted, Smith? —musitó.

—Roger Smith, para servirla… ¿Se encuentra bien?

—No sé… ¿Dónde estamos?

—Creo que en alguna casa de las afueras de Benarés… Parece una granja, o algo así. He oído mugidos de vaca… Claro que eso no quiere decir nada, porque, como usted sabe, en cualquier parte de la India puede encontrar una vaca «sagrada»… No sé dónde estamos, lo siento.

—¿Qué hace usted aquí?

—Oh, pues… estoy de veraneo, eso es…

—¿Veraneo en enero, señor Smith?

—En la India el clima suele ser muy bueno en enero.

Brigitte se puso en pie y se acercó al ventanuco. Llegaba fácilmente con las manos, pero una vez probada la resistencia de aquellos tres barrotes comprendió que, en efecto, no sería tarea fácil romperlos. Se cogió a ellos con fuerza y se izó a pulso. Pudo ver el

suelo ante ella. Simple tierra… Algunos árboles, las estrellas, la luna…

—Sí… Estamos en un sótano, por triste y nauseabundo que nos resulte —informó Roger Smith—. La he registrado antes, pero no he conseguido encontrar cigarrillos. ¿No tiene alguno, escondido por ahí?

—¿Dónde? —Casi sonrió Brigitte—. Mi cuerpo ya no tiene secretos para usted, señor Smith… ¿O cree soy un robot, con compartimientos secretos?

—He podido comprobar que no es un robot. Perdóneme, pero tengo unos tremendos deseos de fumar…

—Está perdonado, Yllya Somakyn.

Hubo un breve silencio. Luego, de pronto, de nuevo la voz del agente soviético, casi irónica:

—¿De modo que ya lo sabe?

—La CIA tiene buenos informadores incluso en Asia, Yllya.

—Lo estoy comprobando. Supongo que se refiere usted al agente de Pekín. Es, en verdad, un hombre… extraordinario Debo admitirlo… Nos quitó la presa, delante mismo de nuestras narices. Mmm… Supongo que está enterada de la existencia de cierto microfilme…

—Estoy enterada.

—Llevábamos algunos días persiguiendo al agente chino, hacia la frontera… Y… Bueno, ni siquiera podría explicarle cómo pasaron las cosas. De pronto, nos encontramos muerto al chino… Un poco más allá, otro chino muerto. Imagino que era el enlace, que acudía a la frontera para hacerse cargo del microfilme… Bueno, pues el agente de Pekín los mató a los dos y…

—¿Cómo lo hizo?

—Los degolló. Una cosa simple y rotunda. Cada uno tenía un tajo enorme en la garganta. Un solo tajo. Yo creo que ni siquiera se dieron cuenta de lo que ocurría. Evidentemente, el agente de Pekín andaba detrás del que acudía desde Pekín a la frontera rusa… Esperó a que se juntaran, los degolló a los dos y se fue con el microfilme.

—Quizá no pudo llevarse el microfilme…

—Sí, sí, lo hizo… Los dos cadáveres chinos fueron…, ¿cómo le diría yo?…, mmm…, convenientemente registrados, eso es.

—No tema impresionarme, Yllya. ¿Los descuartizaron?

—Bueno… Digamos que fueron bien examinados. El microfilme no lo tenía ninguno de los dos. Entonces, era obvio que lo tenía el agente de Pekín. Fui designado para seguirlo y recuperarlo.

—El microfilme ya no llegará a manos chinas.

—¿No? ¿Cómo lo sabe?

—El agente de Pekín trabaja para la CIA. No creerá usted que va a entregar el microfilme al Servicio Secreto chino, ¿verdad?

—Parece que no debería hacerlo. Sin embargo, hay un hombre que quiere obtener el microfilme a toda costa. Se llama…

—¿Andrio Padjan?

—Sí… Está usted bien informada. Andrio Padjan está convencido de que el microfilme lo tenemos usted, o yo…, o el agente de Pekín. Y de momento temo que quiere… interrogarnos a los dos al respecto. Espero que ya haya comprendido que Andrio Padjan está trabajando para China.

—Es evidente. ¿Tiene usted el microfilme, Yllya?

—¿Yo? Vaya, su humor es delicioso, señorita Montfort. Si yo tuviese ese microfilme, estaría en estos momentos camino de Siberia, o de Moscú, quizá.

—Claro… Sin embargo, intentó conseguirlo, ¿no es cierto?

—Naturalmente. Pero no comprendo… ¿Qué está tratando de decir?

—¿Envió usted alguien contra mí?

—Olvide esos incidentes. Ninguno fue provocado por mí. Cuando la ayudé a salir bien librada del ataque de aquellos tres thugs, lo hice porque me interesaba, ciertamente, pero, en el fondo, porque usted me resultaba persona simpática, a pesar de saber que estaba en tratos con el agente de Pekín. No tuve nada que ver con aquel ataque. Por el contrario, como comprenderá, me interesaba que usted estuviese viva.

—Cierto. Eso parece lo más lógico, Yllya. ¿Y luego?

—¿Luego? Todo lo que hice luego fue intentar seguirla cuando salió del hotel. La perdí. Me dije que lo mejor que podía hacer era regresar al hotel y esperar a que usted viniese a buscarme para cenar juntos. Una actitud ingenua, si usted quiere, pero me pareció la que mejor resultado podía darme… Y cuando llegué al hotel, me encontré a mis dos compañeros estrangulados, me apresaron a mí…

Y aquí estamos los dos…

—Entonces, todos estos ataques, estas muertes…, han sido obra de Andrio Padjan.

—Supongo que sí. Los chinos, cuando quieren una cosa, son muy… tenaces. No vacilan ante nada. ¿De veras no tiene usted el microfilme?

—Ya me ha registrado, ¿no?

—Un microfilme es algo tan pequeño… Quisiera hacerle comprender, señorita Montfort, que si cae en manos de los chinos la cosa puede acabar… francamente mal… para todos.

—Lo sé.

—En cuyo caso, una buena idea sería destruirlo. Parece que es el único medio que tenemos de asegurarnos de que no van a conseguirlo los hombres del espionaje chino.

—Por el momento, según comprendo, no lo tienen. Tampoco lo tiene usted, ni lo tengo yo… Entonces, es posible que lo tenga Nap.

—¿Nap? Mencionó usted antes ese nombre…

—Son las iniciales del agente de Pekín: nuestro agente de Pekín.

—Entiendo, entiendo… Bien, pues si lo tiene Nap, nosotros vamos a pasar un mal rato sin necesidad. Es evidente que Andrio Padjan no va a creer que usted no lo tiene… Del mismo modo que no ha querido creer que no lo tenía yo. Eso le ha disgustado mucho conmigo.

—¿Le ha disgustado…?

Brigitte se acercó más a Yllya Somakyn, de pronto. Se había acostumbrado bastante a la luz de la luna, y pudo ver entonces que el ruso estaba desnudo de cintura para arriba. Unas rayas oscuras cruzaban su pecho y su espalda en todas direcciones, y su rostro aparecía hinchado, deformado, lleno de costras, de golpes, de cortes…

—Esto no es nada —aseguró serenamente el ruso—. Ha sido sólo para darme una muestra de lo que va a ocurrir si no les entrego el microfilme… ¡Y como no lo tengo…!

La espía de la CIA se mordió los labios. En verdad que el aspecto de Yllya Somakyn había cambiado notablemente. Y eso, en la oscuridad. A plena luz, su aspecto debía de resultar espantoso, con todo el pecho, la espalda, la cabeza llena de sangre, de golpes, de latigazos…

—Una cosa le aseguro, Yllya: hagan lo que hagan, ellos no van a tener el microfilme. Si consigue escapar, notifíquelo así a la MVD.

—Sería un verdadero placer. Pero temo que no conseguiré escapar. Tampoco usted, por supuesto. Y, por tanto, la MVD informará a los Servicios Militares de mi país, que los dispositivos tácticos militares en toda la frontera de Siberia y China podría ser que estuvieran en manos de los chinos. Lamentable lo que ocurrirá después, ¿no cree?

—Si pudiera…

—Ssst… Alguien viene. A por usted, supongo. A mí me consideran poco menos que moribundo. No les desengañe. Y aguante, Brigitte: va a necesitar mucho valor.

—Cualquiera diría que somos amigos —sonrió Baby.

—Cosas de la vida. ¿Quién lo hubiera dicho hace poco tiempo…?

Se oyeron pasos más fuertes, un golpe seco, rudo… Delante de ellos se abrió una puerta, justo cuando Yllya Somakyn se echaba hacia atrás, simulando estar desvanecido. Dos thugs con antorchas quedaron en el umbral, mientras un hindú vestido a la europea, muy parecido a los dos que habían querido matar a Brigitte en su hotel, entraba en el sótano, pistola en mano. Apuntó a Brigitte un instante, y luego señaló hacia la puerta.

—Salga.

Brigitte obedeció, en silencio. Se encontró en un cortísimo pasillo, por el cual caminó, siguiendo las indicaciones del hindú vestido a la europea. Enseguida llegaron a un pequeño recinto, tras apartar una piel que colgaba tapando la entrada. Allí dentro había cuatro hombres. Uno de ellos era chino. Los otros tres, hindúes. Y de éstos destacaba el más grueso, muy barbudo, con una gran nariz aguileña y unos ojos negrísimos, muy pequeños. Llevaba un turbante rojo, con una pluma preciosa y una esmeralda en el centro. La situación era tan clara que Brigitte comprendió que todo estaba perdido. Andrio Padjan era el del turbante rojo. El chino era su jefe, seguramente llegado de China no hacía mucho, para interesarse sobre el asunto de tan importante microfilme. Los demás, eran hombres de Andrio Padjan… Cualquiera de los allí presentes sería capaz de cortarla a pedazos en vivo con tal de obtener el microfilme. Sólo había que estudiar atentamente su mirada para

comprenderlo.

—Señorita Montfort —habló de pronto el del turbante rojo—, usted nos ha ocasionado muchos perjuicios. Estamos convencidos de que si no hubiese llegado usted de Estados unidos, el agente de Pekín, otros varios elementos y, sobre todo el microfilme, estarían ya en nuestro poder.

—Usted me concede excesiva importancia, Andrio Padjan.

—No, no… Realmente, creo que no la tiene. Pero es como esa pequeña piedra que provoca un alud durante su caída. La pequeña piedra mueve otra mayor, ésta mueve otra algo más grande, la cual a su vez desplaza a otra todavía más grande… Y así se provoca un alud… Su llegada a Benarés no ha podido ser más… más…

—¿Inoportuna?

—Ésa es la palabra. Está claro que si el agente de Pekín no hubiese contado con su presencia en Benarés, habría sido menos cauto, se habría movido más… descaradamente, buscando una salida, un medio de enviar el microfilme… Pero, con usted aquí, él ha hecho un juego muy cauto, muy… astuto.

—Entonces, yo no puedo lamentar haber venido a Benarés.

—De momento. Lo lamentará muy pronto, sin embargo… A menos que me entregue el microfilme, o me facilite el modo de conseguirlo.

—Deberá pedírselo, al agente de Pekín, señor Padjan. A mí sólo me ha utilizado para desconcertarlos a ustedes.

—¿Niega tener el microfilme?

—Por supuesto. Pero tengo un trato que proponerle, Padjan.

—¿Cuál trato? —Frunció el ceño el hindú.

—Su vida, a cambio de la mía y del hombre que tienen en el otro sótano.

—¿Mi vida?

—Y la de todos los presentes —señalo a su alrededor—. Incluido el chino, señor Padjan.

—¿Está ofreciéndome mi vida a cambio de la de usted y la de Roger Smith? ¿Cómo podría usted matarme, señorita Montfort?

—¿Acepta el trato?

—Primero tendría que demostrarme que mi vida depende de usted. Porque, según parece, las cosas están completamente al revés. Sin embargo, si me demuestra que puedo salvar mi vida y la

de mis hombres a cambio de ese trato, es posible que acepte… ¿Cómo podría usted matarme, señorita Montfort?

—Yo no, señor Padjan. Pero le hablaría a nuestro agente de Pekín, y conseguiría convencerlo de que no lo matase.

—¿Está loca? —habló de pronto el chino—. ¿Nos está amenazando con algo que no está a su disposición? Además, tenga en cuenta que el agente de Pekín está huyendo de nosotros, no atacando. No se atreverá a molestarnos.

—Hasta ahora, ha estado huyendo —sonrió secamente Brigitte—. Ya le toca atacar, señores. Y créanme que lo hará con una eficacia que ustedes tendrán que lamentar. ¿Aceptan el trato?

Una sonrisa burlona, despiadada a la vez, pasó por los ojos negros de Andrio Padjan.

—Señorita Montfort, la moneda que está utilizando para comprar su vida no tiene… curso legal. En el fondo, creo que usted está intentando burlarse de nosotros. Posiblemente, nos considera poco inteligentes, quizás incivilizados… ¿Por qué defraudarla? Por lo menos, vamos a darle motivos para que siga pensando que no estamos totalmente civilizados… Eso es… Vamos a ser tan amables… ¡Pand, el látigo!

Capítulo VIII

Brigitte ni siquiera tuvo tiempo de saber quién era Pand, de momento.

Oyó el silbido tras ella, recibió el tremendo latigazo en la espalda y cayó de rodillas, empujada por la fuerza del impacto y por la sorpresa.

Pero si aquellos hombres esperaban verla flaquear, se llevaron un chasco. Quedó de rodillas, lívida de dolor, pero sin que su hermoso rostro se alterase apenas por una milésima de segundo. Luego, sus azules ojos quedaron fijos en Andrio Padjan.

—Admirable —musitó éste—. Debo admitir que la CIA entrena bien a sus agentes. Y por ser una mujer, tiene usted un valor y una resistencia al dolor en verdad increíbles. ¿Nos entrega el microfilme?

—No.

—Señorita Montfort, esto es sólo un insignificante principio… Posiblemente, a estas alturas, está enterada de que yo estoy trabajando para el espionaje chino en la India. A mi lado, como usted ve, tengo a un chino… Es uno de los hombres más importantes de ese Servicio Secreto. Comprenda usted que debo demostrarle que, cuando menos, hago todo lo posible por satisfacer sus exigencias, ya que ellos me pagan, entiéndalo. ¿Tiene o no tiene el microfilme?

—Sé dónde está —dijo fríamente Brigitte—. Podría usted conseguirlo si yo le dijese el lugar, Padjan. Pero no se lo diré.

—Lo veremos. Lo suyo, señorita Montfort, ya no es valor: es locura, es desquiciamiento. La vamos a descomponer en varios miembros, uno a uno, si no dice dónde podemos encontrar el microfilme… Primero será una oreja, luego un ojo, una mano, un pie… Le aseguro que vamos a hacer eso con usted si no nos entrega el microfilme.

—No lo tendrá, Padjan.

Andrio Padjan movió una de sus regordetas manos hacia el thug llamado Pand, y éste volvió a utilizar el látigo contra la espalda de la espía… Es decir, quiso utilizarlo… Lo cierto fue que el látigo cortó el aire, el vacío, mientras Baby Montfort saltaba hacia el thug, y antes de que nadie tuviese tiempo de impedírselo, lanzaba su mano derecha hacia el aceitado rostro. Pand lanzó un grito de dolor cuando uno de los deditos de la espía se clavó en su ojo derecho, y casi se lo arrancó. El dolor fue tan grande que el thug soltó el látigo y se llevó ambas manos al ojo, chillando.

Brigitte se inclinó, recogió el látigo y se incorporó, encarándose a Padjan, que se había envarado en su asiento en el suelo, sobre unos viejos cojines rojos. Quiso alzar el brazo, para golpear con el látigo al hindú, pero el otro ya estaba tras ella. Le pasó el látigo por el cuello y dio un tirón, inmovilizándola.

—¡No la mates! —ordenó Padjan—. ¡Es lo que ella quiere! ¡Pero se va a arrepentir de…!

De pronto, la piel que tapaba el hueco de aquel recinto fue violentamente arrancada hacia dentro, por los dos thugs que habían quedado de vigilancia en el pasillo… Los dos entraron con fuerza, envueltos en la piel, y cayeron rodando…

Tras ellos, el más harapiento mendigo del mundo, completamente envuelto en un asqueroso manto que ocultaba su cabeza, sus manos… Lo ocultaba todo…, excepto la metralleta que sobresalía por el pliegue del manto.

—¡Quietos! —ordenó—. Y dígale a su estrangulador que suelte a la mujer, Padjan. Ahora mismo.

Andrio Padjan, demudado el rostro, hizo una seña hacia el hombre que tenía a Brigitte inmovilizada con el látigo. La espía quedó libre inmediatamente, y se apresuró a colocarse junto al mendigo, que movía la metralleta hacia un rincón, bruscamente.

—Todos hacia allá… ¡Todos!

—¿Quién es usted? —musitó Padjan.

—¿No lo adivina, Padjan? Piense un poco, piense… Pero hágalo mientras va hacia el rincón, como los demás.

—¿Usted es el agente de Pekín?

—Exactamente… Y no mire a mis espaldas, Padjan. El último de sus hombres, el que estaba vigilando arriba, no vendrá. Los muertos

no caminan… ¡Al rincón!

—¿Qué piensa hacer?

—Eso es obvio: matarlos a todos. Es el último servicio del agente de Pekín…, y quiero que sea sonado. Gran labor la mía, Padjan, ¿no está de acuerdo? Éste será un digno remate.

—Espere… Podemos hacer un pacto, agente de Pekín… Un trato muy ventajoso para usted. Le daremos…

—No sea estúpido, Padjan. No podrá tentarme con nada. Es la última vez que le digo que vaya al rincón.

Andrio Padjan miró a Brigitte.

—Hable con él, convénzalo…

—¿Por qué? —musitó fríamente la espía—. Le propuse hacerlo no hace mucho, pero usted se rió. Dijo que mi moneda no era de curso legal… ¿De veras no pudo comprender que yo sabía que mi amigo lo iba a venir a buscar? Era tan evidente… Usted buscaba a nuestro agente de Pekín, y él lo buscaba a usted. Por eso vino a Benarés, principalmente, para encontrar al jefe del espionaje chino en la India… Y lo ha encontrado. No sería justo por mi parte privarle de su último servicio en beneficio de usted. Usted rechazó el trato, Padjan. Ahora, aténgase a las consecuencias.

—Y puesto que no quiere ir hacia el rincón como los demás…

Diciendo estas palabras, Nap apretó el disparador de la metralleta. Un chorro de balas partió hacia Andrio Padjan, acertándolo de lleno en el centro del pecho, alzándolo de sus cojines, lanzándolo contra lo pared que tenía a su espalda como una hoja bajó la furia de un huracán.

Fue una ráfaga certera, mortal. Pero corta, porque Nap desvió inmediatamente el arma hacia los hombres que habían caminado hacia el rincón señalado por él. De estos hombres, el chino estaba sacando una pistola…

Esta vez, la ráfaga fue mucho más larga. La modernísima metralleta especial casi agotó los cincuenta cartuchos del depósito… Cuando el largo estampido cesó, sólo Brigitte y Nap continuaban vivos, en pie, envueltos en la espesa y acre nube de pólvora quemada.

—Vámonos —dijo tranquilamente Nap.

Brigitte fue hacia donde yacía el cadáver de Andrio Padjan, le palpó cuidadosamente el cuerpo hasta localizar el bulto de su

pistolita de cachas de madreperla, y la recuperó, volviéndose hacia Nap.

—La tengo en mucha estima —intentó sonreír—. Ha sido compañera fiel de muchos viajes, Nap.

—Está bien, no perdamos más tiempo. Ya ha perdido usted demasiado. ¡A estas horas debería estar lejos de aquí!

—Mi avión no sale hasta mañana…

—¡No importa! ¡El microfilme era lo primero! ¡Han podido quitárselo!

—Lo dudo.

—¿Lo ha enviado ya?

—No, no… Pero ellos jamás lo habrían encontrado.

—¿Dónde lo tiene?

—Secreto profesional, querido.

—¿Secreto prof…? Oh, está bien, a mí no me importa cómo se las arregle para llevarlo a Washington. Vámonos ya.

—¿Teme algo, Nap?

—No. Pero no veo por qué tenemos que permanecer aquí…

—Espere un momento.

Brigitte pasó delante de él por el hueco de la puerta que había estado cubierta por una piel. Recorrió el pasillo, llegó a la gruesa puerta de madera del otro sótano y alzó la barra de madera que la mantenía sólidamente cerrada. La tiró a un lado y abrió la puerta.

—Yllya —llamó—, salga. Nos vamos a casa.

—¿Por qué? —Gruñó Nap—. ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Déjelo ahí dentro!

—¿Salgo o no salgo? —Oyeron la voz del ruso.

—Salga —sonrió Brigitte—. No haga caso a Nap. Parece que le cuesta admitir la idea de ayudar a un agente de la MVD. Vamos, vamos, no podemos perder tanto tiempo, Yllya… ¿Acaso no puede caminar?

El ruso apareció en la puerta, no muy firme sobre sus piernas. A la luz de la antorcha del pasillo, su aspecto, realmente, era impresionante. Tenía un torso amplio, de atleta bien preparado. Y todo él, así como la cara, la cabeza en general, estaba poco menos que en carne viva. Pero en los claros ojos del soviético brillaba la determinación.

—Podré caminar —aseguró.

—Entonces, arriba… ¿Por dónde, Nap?

El agente de Pekín se apartó hacia el fondo del pasillo y abrió una puerta construida con viejas tablas. Vieron entonces los peldaños, y Brigitte los señaló.

—En marcha, Yllya.

Nap se colocó hacia el fondo, siempre envuelto completamente en su manto andrajoso, dejando asomar la punta de la metralleta. Yllya Somakyn miró el brillante tubo de acero, pero no comentó nada. Brigitte subió en primer lugar; luego, el ruso, y, por último, Nap. Se encontraron en un recinto alargado, que oía a cabras, a vacas, a estiércol, a viejo, a tierra húmeda… Nap abrió otra puerta y se colocó a un lado, ahora poco menos que invisible, debido a la oscuridad. De nuevo salió Brigitte en primer lugar, luego Somakyn y después Nap. Cuando éste apareció en el exterior, Brigitte estaba inclinada sobre un thug, examinándolo a la luz de la luna. Tenía un cuchillo clavado en el centro de la garganta, y no cabía duda de que su muerte había sido no sólo instantánea, sino silenciosa.

—Buen trabajo, Nap.

—¿Qué hacemos con Yllya Somakyn?

—Lo enviaremos a Moscú…, o adonde él quiera. Y que explique allá que los chinos no han conseguido el microfilme.

—¿Lo tienen ustedes? —musitó el espía soviético—. ¿De verdad?

—Así es, Yllya.

—Bien… Supongo que sería pueril por mi parte pedirles que me lo entreguen.

—Completamente pueril.

—A ustedes no les sirve de nada…

—Oh, vamos, no nos crea tan inocentes, Yllya —protestó amablemente Brigitte—. Entienda que de ninguna manera vamos a permitir que los chinos lo tengan, ya que, según parece, es el medio de evitar una posible guerra mundial. Pero permita que los norteamericanos echemos una ojeada a sus sistemas tácticos militares en la frontera chino-siberiana. Comprenda que eso será de mucho interés… ¿No cree?

—Bueno… Debo admitir que yo haría lo mismo. Y…, de todos modos, tengo mucho que agradecerles. Es decir, así lo supongo… Quiero decir que supongo que puedo marcharme libremente…

—Desde luego, Yllya.

—Esto no es frecuente, pero… gracias. Gracias a los dos.

—No a mí —dijo secamente Nap—. Yo no le dejaría marchar, Yllya Somakyn.

—Bien… Entonces, gracias a la señorita Montfort… Adiós…

Dio media vuelta cansadamente… Y a continuación otra media vuelta velocísima que lo dejó encarado a Nap. Con una rapidez fulgurante, el espía soviético asió con ambas manos el cañón de la metralleta que sostenía Nap, arrancándosela de un seco tirón que pilló parcialmente desprevenido al agente de Pekín. Fue tan rápida la acción de Yllya Somakyn, tan bien medida y calculada, tan bien simulado su derrumbamiento físico, que por fuerza tenía que haber engañado a cualquiera…

Nap saltó inmediatamente hacia él, pero el ruso le golpeó en la cabeza con el culatín, derribándolo. En una fracción de segundo dio la vuelta al arma, metió el dedo en el disparador y lo apretó, enviando un chorro de balas hacia el falso mendigo, a media altura, acertándolo de lleno en el vientre y empujándolo hacia atrás, como alzado por una catapulta… Nap cayó de espaldas y rebotó en el suelo, blandamente, como desarticulado.

Enseguida, Yllya Somakyn se volvió hacia la espía, con la metralleta por delante.

—¡Y ahora va a entregarme ese mic…!

No tuvo tiempo de acabar la frase. Ni siquiera tuvo tiempo de acabar de volverse. Ni, mucho menos, de disparar.

La espía internacional se había apartado, retrocediendo un par de pasos. Su mano derecha estaba alzada, sosteniendo la pistolita, que apuntaba a la cabeza del espía soviético.

Plop. Plop.

Yllya Somakyn echó la cabeza hacia atrás, pareció que sus pies fuesen hacia delante y cayó de espaldas. Eso fue todo. En su cerebro se habían alojado dos pequeñas balas.

Baby Montfort ni siquiera lo miró. Corrió hacia el caído agente de Pekín y se arrodilló a su lado, acercando sus manos para ayudarlo, si ello era posible.

—Nap, siento…

—¡No me toque! —chilló Nap—. ¡No me toque, se lo suplico…! ¡Déjeme solo, márchese, lleve ese microfilme a la CIA!

—Cálmese… Todo se arreglará… ¿Dónde le ha acertado?

—En el vientre… Voy a durar muy poco… Márchese.

—No puedo dejarlo aquí mientras esté vivo, Nap. ¡No puedo hacer eso con un amigo, con un compañero!

—¡Sí puede! ¡Se lo exijo! ¡Déjeme solo!

Brigitte se puso en pie, mordiéndose los labios.

En la oscuridad no podía ver las heridas del agente de Pekín, y eso significaba que no podía hacer nada por él. Pero, si había la más pequeña posibilidad de salvarlo, ella tenía que hacerlo. Lo sabía. En otras circunstancias, quizá si la salvación del microfilme y, por tanto, el impedir una guerra, hubiese dependido de su veloz huida, lo habría hecho, porque sabía que lo mismo Nap que ella misma estaban dispuestos a dar su vida para evitar la Tercera Catástrofe. Pero ahora no había por qué dejarlo solo.

De pronto, dio media vuelta y corrió hacia la granja. Entró en ella, descendió al sótano, recorrió el pasillo iluminado por la antorcha y entró en el recinto donde yacían los cadáveres de Andrio Padjan y los demás. Se acercó a los cojines… Lógico: allá estaba su bolsito, con la linterna y algunas otras cosas. Era natural que lo hubiesen llevado a manos de Andrio Padjan. Lo cogió y regresó al exterior, a toda prisa.

Cuando salió de la granja pestilente, no vio a Nap donde lo había dejado. Sorprendida, se acercó al lugar. Allí estaba Yllya Somakyn, muerto…

—Nap —llamó—. ¡Nap!

Lo vio de pronto, arrastrándose hacia la más cercana esquina de la granja. Corrió junto a él y se inclinó.

—Nap, no sea loco; podemos intentar…

El cañón de la metralleta quedó ante los ojos de la espía.

—Márchese… Márchese o la mato, Baby…

—¿Está loco?

—La voy a matar si no se marcha…

—¿Cómo llegaría el microfilme a la CIA, entonces? ¿Quién avisaría a la MVD de que los chinos no han conseguido el microfilme? ¡La Tercera Guerra, Nap, recuérdelo!

—Usted… usted ha enviado ya ese… ese microfilme…

—No. Lo tengo aquí, conmigo.

—¿Dónde? No la creo…

—Me lo tragué. Está en mi estómago, Nap. Es un viejo truco al

que tuve que recurrir ya en otra ocasión, sólo que entonces fue el pobre Cicero quien pasó por ese trance[1] … Deme esa arma, Nap.

Se la quitó, suavemente, sin encontrar resistencia.

—Se lo suplico —gimió Nap—. Márchese, Baby. ¡Por lo que más quiera, márchese!

—Voy a ayudarlo, aunque usted no quiera.

—Es perder el tiempo… Siento que voy a morir… ¿Realmente quiere hacer algo por mí?

—Naturalmente.

—Entonces, déjeme llegar a la granja…, y deme una de las antorchas. Luego, aléjese de aquí. Es todo lo que le pido.

—¿Quiere morir abrasado, Nap?

—Quiero… quemarme después de morir. Quiero que sólo queden… mis cenizas. Sólo eso, Baby. Déjeme conseguirlo, y… y si es cierto que existe ese mundo de Mohamat Panduj, yo vendré siempre desde ese lugar, para ayudarla… La carne no es nada, el espíritu lo es todo… La carne que no vale debe ser quemada… Y ninguna carne vale nada…

—Está delirando —musitó Brigitte—. Déjeme ver sus heridas…

—¡No me toque! ¡Quiero quemarme! ¡NO ME TOQUE!

Brigitte no le hizo caso. Encendió la pequeña linterna y, en primer lugar, quiso ver el rostro del agente de Pekín. Éste lanzó un sollozo, subió ambas manos para ocultar el rostro… Pero entonces quedaron visibles las manos.

Brigitte Montfort pareció encogerse. Tuvo la sensación de recibir una brutal y fría cuchillada en pleno estómago. Durante unos segundos permaneció inmóvil, silenciosa, como aturdida, anonadada…

—Santo Dios… —musitó al fin—. Santo Dios…

—Déjeme… Déjeme ahora…

—Nap, lo siento… ¡Lo siento con toda mi alma! Si hubiese sabido que era esto… Ahora lo comprendo todo… Por esto no podía usted entrar en el hotel, por esto no podía ayudarme personalmente, por esto tuvo que costarle un gran trabajo conseguir llegar a un teléfono para llamarme… Por esto no ha querido que yo viese su rostro, ni siquiera sus manos en ningún momento… Nap, lo siento tanto… Oh, Dios mío, lo comprendo todo muy bien ahora… Imagino lo que le ha costado llegar desde la frontera ruso-china

hasta Benarés, lo que le ha costado conseguir el microfilme, viajar, desplazarse, actuar, huir, esconderse… No ha tenido que ser fácil, Nap, muchacho… Nadie quiere a los leprosos…

El agente de Pekín volvió a sollozar. Bajó las manos, de pronto, y su rostro se ofreció a la luz de la pequeña linterna. Le faltaban algunos pequeños pedazos de carne, parte de los labios, tenía la nariz parcialmente descarnada, no había un solo cabello en su cabeza… Era una visión horrible. Y también las manos mostraban la implacable lepra.

—¿No grita de terror? —musitó Nap.

—¿Por qué? Yo veo más allá de esa carne putrefacta, Nap… Veo siempre mucho más allá de cualquier fachada. Y detrás de esa carne que se está pudriendo, veo un corazón grande, fuerte… Lo veo ahora, Nap… ¿Cuánto hace que empezó la lepra?

—Casi… casi dos años… Y desde entonces…

—Lo entiendo. Desde entonces, ha tenido que esconderse siempre. Ha trabajado siempre en la sombra, siempre escondido, siempre entre los miserables, sufriendo solo, en silencio… Y a pesar de todo eso, su labor ha sido siempre magnífica. ¿Se da cuenta, Nap? Yo tengo razón: es su corazón lo que vale. Ahí no hay lepra, estoy segura.

—¿De verdad… no se horroriza…?

Brigitte Montfort sonrió dulcemente.

—Me lo imagino hace dos años, y todo resulta fácil. Apuesto a que hace dos o tres años usted era un tipo formidable, con cara de malas pulgas, de esos que nos gustan a las mujeres… Apuesto a que sí, Nap, muchacho. Alto, fuerte, varonil, hermoso… Apuesto mi reputación de espía a que usted era un tipo del cual yo estaría ahora enamorada.

—Usted… es una espía… singular, Baby… Creo que su corazón es… mucho… muchísimo mejor… que el mío.

—Querido amigo: los espías, aunque sea muy escondido, debemos de tener un corazón enorme. Y ahora, veamos esas heridas y…

—¡No me toque!

—La lepra no es contagiosa, Nap. Y aunque lo fuese…

—No me toque, por Dios, Baby… No usted… ¿Por qué cree que le hice quemar aquellos papeles cuando le entregué el microfilme?

Quise que no quedase nada de lepra en él.

—No sea niño. La lepra no es contagiosa. Y, además, hoy día es posible… tratarla adecuadamente en la mayoría de los casos. Todavía puede vivir muchos años, bien atendido… Yo me cuidaré de que así sea.

—No, no, no… Por Dios, no…

Brigitte no le hizo caso. Bajó el rayo de luz de su linterna hacia el vientre, apartó los harapos y se estremeció, sin poder evitarlo. En la putrefacta carne, las heridas eran absolutamente mortales. Era un auténtico milagro que Nap conservase los sentidos, que pudiese hablar, que hubiese podido arrastrarse… Era un milagro que estuviese todavía vivo.

—¿Qué…? —gimió el agente de Pekín.

—Va a morir, Nap. Muy pronto.

—Loado sea Dios… No podía resistir más tiempo esto…, esta clase de vida. ¿De verdad voy a morir, Baby?

—Sí, Nap. Lo siento.

—Yo no. De veras. ¿Sabe…? Usted tiene razón: yo era un tipo más bien guapo… Sí, las chicas me miraban siempre sonriendo… Tenía las que quería… Todas se volvían tontas por el simpático Archie… Ah, sí, yo era simpático… Y guapo, sí… Tengo… tenía los ojos azules, los cabellos entre rubios y pelirrojos, algunas pecas…, y las chicas decían que… que mi barbilla era tan hermosa que… que les hacía sentir deseos de besarla sin parar… ¿No es divertido…?

—Siga, Nap. Me gusta oírle. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Archibald Kononen… Las chicas me llamaban siempre Archie… Archie Kononen, el guapo simpático… Me lo decían tanto, que… que me cansé, y me dije que… que iba a acabar siendo un estúpido engreído, un haragán guapo si no hacía algo… Entonces, me fui de la patria… ¡He viajado tanto…! Un día, me… me vi mezclado en un asunto de espionaje, en Macao, sin proponérmelo… Me encontré ayudando a un agente de la CIA, pero… pero creo que no lo hice demasiado bien… Lo mataron. Entonces, yo recogí una… una cámara fotográfica que llevaba, y… y conseguí hacerla llegar adonde él me pidió, a una residencia en Hong Kong, en Pico Victoria… ¿Ha estado en…?

—Conozco algo Hong Kong.

—Allá entregué la cámara. Y volví a Macao… No supe por qué

había vuelto, de momento… Pero de pronto comprendí que había vuelto a Macao porque, instintivamente, me parecía que allí podía vivir otra aventura de espionaje… Pero no llegaba la aventura…

—Y como era lo que más le gustaba, ya que el espionaje no fue a usted, usted fue al espionaje.

—Sí… Sí, así fue… Empecé a hacer pequeñas cosas… Poco a poco me fui dando cuenta de que yo servía de algo, y que era un buen espía… Y, como es natural, ayudé a la CIA… Llevo años haciéndolo… Pero moriré sin saber qué… qué opinan de mí…

—Se me notificó que usted era el mejor agente de Asia.

—¿De Asia… nada menos? ¿De veras, Baby?

—Nunca miento, Archie.

—Ah… ¡El mejor agente de Asia! ¿No es bonito…? Me gustó Pekín… Es una ciudad tan peligrosa, tan exótica, tan inquietante… Y allí hay mucho espionaje… El agente de Pekín…

—Nuestro agente de Pekín —sonrió temblorosamente Brigitte.

—Nuestro… ¿De usted… también?

—Más que de nadie, Archie.

—El… el mi… microfilme… No falle…

—No fallaré. No habrá tercera guerra por esto.

—Gracias… La guerra es… estúpida… Mi padre murió… murió en… en Guadalcanal… Yo tenía… siete… siete años… Un día vi a mi madre leyendo algo, y lloraba… Teníamos… un jardín… pequeño, y yo era… el chico… el chico más guapo de… de… de…

El súbito silencio cayó como una losa sobre los abatidos hombros de Brigitte Montfort. Durante más de un minuto estuvo inmóvil, contemplando aquel rostro torturado, descarnado. Luego, muy despacio, se puso en pie, guardó la linterna y la pistola en el bolsito, se lo colgó de una muñeca y se inclinó de nuevo. Cogió el cadáver del agente de Pekín por los sobacos y empezó a tirar de él hacia la granja. No le costó demasiado esfuerzo entrarlo allí. Tampoco le costó esfuerzo reunir todos los objetos de madera que pudo hallar. Luego, bajó a por una de las antorchas…

Cuando la espía Baby se alejó de allí, las llamas, rojas, negras, moradas, azules, se alzaban hacia el cielo, cada vez más altas y rugientes…

Este es el final

—Un microfilme muy interesante —informó Charles Pitzer, dejando su sombrero en manos de Peggy—. Fue un buen trabajo el de Nap y el suyo Brigitte.

—Sobre todo, el de Nap. Él fue quien consiguió el microfilme, no yo, tío Charlie.

Pitzer se dejó caer en el comodísimo sofá, junto a la espía más bella del mundo, suspirando. Afuera se veía el tono gris de un desapacible y neblinoso día neoyorquino. A veces, cuando estaba en el apartamento de Brigitte, Charles Pitzer se sorprendía pensando que tenía grandes deseos de que llegase el verano. Entonces, Brigitte le invitaba a nadar un rato en su pequeña piscina, le convidaba a champán muy frío con guinda, a otros refrescos, charlaban bajo los parasoles de la terraza… En invierno, todo seguía siendo alegre y feliz allí dentro. Pero a tío Charlie y a la espía les gustaba más el verano. Mucho más. Incluso le gustaba más a Cicero, el diminuto perrillo chihuahua, que en invierno se pasaba las horas en la falda de su hermosa ama… En verano se tendía en los mosaicos, pegando la barriga a ellos, buscando frescor, y se quedaba mirando a la espía con ojillos alegres, como pidiendo perdón por no sentarse entonces en su falda…

—El trabajo fue bueno por ambas partes, no nos engañemos —dijo al fin Pitzer, en un susurro—. Hemos investigado el nombre que nos dio: Archibald D. Kononen era hijo de un capitán de marines que murió en Guadalcanal… Vivían en Santa Mónica, California. Su madre falleció hace diez años. El chico estuvo todavía unos cuantos viviendo allí… Estuvo en los marines, cumpliendo su servicio militar. Volvió a casa, estuvo allá otra temporada, y, de pronto, desapareció. Ni una foto suya que pueda decirnos cómo era en los últimos tiempos, Brigitte… Mmm… Bueno, veo ahí unas flores que ya estaban hace dos días. Eso no es costumbre en usted,

que siempre tiene unas hermosas rosas rojas frescas y lozanas…

—¿Teme que ahora sea clienta de otra floristería, tío Charlie?

—Bueno… Sé seguro que esas flores no las ha comprado en mi floristería.

—Me las trajo un amigo… ¿Usted cree en esas cosas de los espíritus, de los «yoghis»…?

—¿Aquello que me contó del hindú llamado Mohamat Panduj?

—Exactamente. ¿Cree en esas cosas?

—Pues… Yo diría que no.

—Hace muy bien —sonrió irónicamente la espía—. Ah, respecto a esas flores, me las trajo un amigo hace cuatro días, cuando yo estaba en Benarés.

—¿Qué amigo?

—Le sonará el nombre: Número Uno.

—El gran espía que nos dejó… ¿Está en Estados Unidos ahora?

—Estuvo. Tenía que seguir viaje a las Hawai. Me dejó una nota, con las flores, invitándome a pasar unos días con él en aquellas islas maravillosas.

—¿Irá usted?

—No sé… Y volviendo a Archie Kononen, tío Charlie, ya que no tenemos ninguna fotografía de él para colocarla en el funeral de honor de la CIA, yo podría describirlo a uno de nuestros dibujantes. ¿Cree que bastaría un retrato conseguido así?

—¿Por qué no? Nuestro agente de Pekín tiene derecho a figurar en el archivo-funeral de honor.

—Entonces, cualquier día de éstos volaré a Washington para dar las instrucciones a un dibujante. Escogeré el mejor.

—Usted siempre escoge lo mejor… —masculló Pitzer—. Bien, ¿cómo era nuestro agente de Pekín?

Una dulce sonrisa apareció en el bellísimo rostro de la espía internacional.

—Pues… era alto, atlético, muy fuerte… Muy simpático. Tenía los ojos azules, los cabellos entre rubios y pelirrojos, algunas pecas… Y una barbilla tan hermosa, tan viril, que cualquier chica sentía deseos de besarla sin parar…

—Vaya… Fue una lástima que fuese quemado después de que lo mataron a traición, Brigitte. Un lamentable accidente.

—Sí… Un lamentable accidente, tío Charlie. Pero estoy seguro

de que eso no molestó gran cosa a nuestro agente de Pekín.

FIN

Notas

[1] Véase *Viaje de placer*, de esta misma colección. < <

[2] Número Uno es, junto con Baby, el personaje principal de la novela de esta colección titulada *Operación Estrellas*. < <